

## Anotaciones a la silva *Sermón estoico de censura moral* de Francisco de Quevedo

Enrique Moreno Castillo  
Barcelona

[*La Perinola* (ISSN: 1138-6363), 11, 2007, pp. 131-183].

El *Sermón estoico* es la silva más larga de Quevedo y uno de sus poemas más ambiciosos. Se trata de una censura de las vanidades y de los deseos mundanos, dirigida a un interlocutor ficticio, Clito, al que se le exhorta para que viva con modestia y desasimiento, único medio de llegar a la felicidad. Los temas se suceden, como es típico del estilo de Quevedo, de una manera un tanto abrupta y desordenada, a veces insinuándose en un momento determinado pero desarrollándose sólo más adelante. Sobre este poema son fundamentales las aportaciones de Alfonso Rey<sup>1</sup> en «Tradición y originalidad en el *Sermón estoico de censura moral*» y en las notas que figuran en su edición de la *Poesía moral*. Así mismo hay que tener en cuenta el reciente trabajo de Sigmund Méndez, «Apuntes sobre las fuentes del *Sermón estoico de censura moral*»<sup>2</sup>. También anotan el poema, en sus respectivas antologías de la poesía de Quevedo, José Manuel Blecua, José María Balcells y Pablo Jauralde Pou<sup>3</sup>. El propósito de estas páginas es realizar un comentario detallado en el que se intenta aclarar en lo posible los pasajes oscuros y situar los diversos temas en su contexto literario y cultural. Iré copiando a continuación el texto del poema, en el cual intercalaré mis apostillas y mis observaciones. Sigo la edición de Blecua<sup>4</sup> salvo en algún aspecto de la puntuación.

¡Oh corvas almas, oh facinorosos  
espíritus furiosos!  
¡Oh varios pensamientos insolentes,  
deseos delincuentes,  
cargados sí, mas nunca satisfechos;

5

<sup>1</sup> Ver Rey, 1987.

<sup>2</sup> Ver Méndez, 2006.

<sup>3</sup> Ver Quevedo, *Poemas escogidos*, ed. Blecua, 1974; Quevedo, *Antología poética*, ed. Balcells, 1982; Quevedo, *Antología de Quevedo*, ed. Jauralde, 2002.

<sup>4</sup> Ver Quevedo, *Obra poética*, vol. 1, pp. 283-93.

alguna vez cansados,  
ninguna arrepentidos,  
en la copia crecidos,  
y en la necesidad desesperados!

El poema se inicia con una diatriba contra los deseos y ambiciones de los hombres, los cuales anhelan siempre cada vez más sin darse nunca por satisfechos.

v. 1: La frase *corvas almas* procede, como indica González de Salas, de Persio: «*O curvae in terris animae et caelestium inanis*» («¡Oh almas inclinadas hacia la tierra e inútiles para las cosas del cielo!», II, v. 61). La frase recoge la idea, muy repetida en la literatura latina, de que quien busca riquezas se encorva hacia la tierra, cuando el hombre está constituido corporalmente para mirar hacia el cielo: «*Quae tanta necessitas hominem ad sidera erectum incurvavit et defodit et in fundum telluris intinae mersit, ut erueret aurum?*» (Séneca, *Cuestiones naturales*, V, 15, 3: «¿Qué necesidad tan acuciante curvó, hundió y sumergió en las profundidades más recónditas de la tierra al hombre erguido hacia las estrellas, con tal de arrancar el oro?»). Quevedo vuelve sobre este tópico en el poema 136: «Deja oficio bestial que inclina al suelo / ojos nacidos para ver el cielo» (vv. 31-32). En los *Sueños* usa también la frase de Persio: «¡Oh corvas almas, inclinadas al suelo!» (*OCP*, vol. 1, p. 325). Un poema de Marino comienza con esta misma expresión: «Levate il guardo al vostro albergo eterno, / anime curve, e'n quest'Abisso immerse, / che nome ha Mondo» (*La Galeria*, p. 143). Antonio Carreira observa que, mientras otros poetas integran una fuente clásica de manera que su sentido se haga evidente por sí mismo en el nuevo contexto, en este pasaje de Quevedo no sucede así: «Cualquier lector normal no entiende por qué a las almas se las llama corvas, y el poeta no cura de aclarárselo [...] [Persio] se está refiriendo a los espíritus demasiado encorvados hacia la tierra, hacia los bienes materiales. Quevedo, al suprimir la frase *in terris*, clave de la metáfora somatizadora, deja la expresión *corvas almas* desnuda, desprovista de sentido. No le importa: lo que pretende es que alguien igual de sabio que él o su amigo don Jusepe, con los vestigios de la cita, recuerde la fuente [...]. La poesía se eleva, se encrespa y se hace autorreferente, a la vez que se dirige a una minoría de doctos»<sup>5</sup>.

v. 1 *facinorosos*: esta forma, que según Corominas es la etimológica, es la única que registra Covarrubias, y figura en *Autoridades* junto con la actual. Ver «Si la ambición de los que quieren privar es tan facinorosa y desenfrenada» (*Política de Dios*, p. 44).

González de Salas, después de señalar la procedencia de Persio, añade esta nota enigmática: «*Quasi pecudum. Pacuvius: In curvi cervicum pecus*». Supongo que *quasi pecudum* es una aclaración propia al verso de Persio: las almas de los hombres se inclinan hacia la tierra «como las de los brutos». El resto procede, como señala Sigmund Méndez<sup>6</sup>, de un ver-

<sup>5</sup> Ver Carreira, 1998, p. 374.

so de Pacuvio, el trágico romano, citado por Varrón (*De lingua latina*, V, 7, I, p. 8), como ejemplo de palabra compuesta: «*Incurvicervicum pecus*». Quintiliano (I, 5, 67) cita el verso en su totalidad, también para criticar la creación de palabras compuestas: «*Nerei repandirostrum incurvicervicum pecus*» («El rebaño de Nereo con el hocico hacia abajo y la cerviz curva»). La alusión a Pacuvio por parte de González de Salas no es muy pertinente, porque el verso latino no se refiere a los cuadrúpedos, sino a los delfines.

v. 2 *furiosos*: en el sentido de ‘enloquecidos, desatinados’.

v. 4 *deseos delincuentes*: para este uso especial del adjetivo, compárese: «Estos pensamientos de libertador de Italia, tan delincuentes como desvariados» (*Prosa*, p. 885). «Si es tan delinciente el deseo en el ambicioso» (*Política de Dios*, p. 44); «Había el rey tanta prisa / de deseos delincuentes» (*OP*, núm. 693, vv. 161-62).

vv. 5-7: Parece que hay aquí resonancias de una idea muy repetida, que se halla en Juvenal: «*lassata... necdum satiata*» (VI, 130, ‘cansada... pero no saciada’) y que aparece en un refrán registrado por Correas en su *Vocabulario de refranes*: «Antes cansada que harta» (p. 91). Un eco de esta frase parece resonar en los siguientes versos de Ercilla: «El fausto, la riqueza y el estado / hincha, pero no harta al más templado» (*Araucana*, 3, 2, p. 136). El juego entre «cansado / arrepentido» aparece en un poema satírico de Baltasar del Alcázar: «Ved si os cuadra el qué se yo; / que estando en él ocupada, / podrá ser veros cansada / pero arrepentida, no» (p. 482).

vv. 8-9 *copia*: abundancia. Los deseos del hombre crecen cuando más tiene, mientras que se convierten en desesperación cuando no consiguen su objetivo.

De vuestra vanidad, de vuestro vuelo,	10
¿qué abismo está ignorado?	
Todos los senos que la tierra calla,	
las llanuras que borra el Océano	
y los retiramientos de la noche,	
de que no ha dado el sol noticia al día,	15
los sabe la codicia del tirano.	
Ni horror, ni religión, ni piedad, juntos,	
defienden de los vivos los difuntos.	
A las cenizas y a los huesos llega,	
palpando miedos, la avaricia ciega.	20

Ahora los deseos de que se habló en los versos iniciales se concretan en la búsqueda de riquezas por todos los rincones de la tierra.

v. 10 *vanidad* y *vuelo* son los complementos agentes de *está ignorado*. *Vuelo* tiene aquí el valor de «elevación o eminencia en el discurrir o en el obrar» (*Diccionario de Autoridades*).

<sup>6</sup> Méndez, 2006, p. 391.

v. 12 *los senos que la tierra calla*: las cavidades subterráneas escondidas y cubiertas por la superficie de la tierra. Ver «Su discurso [el del hombre] [...] ha escudriñado los claustros del cielo [...] y desenvuelto no sólo los senos de la tierra, sino sus entrañas» (*Prosa*, p. 1549).

v. 13: Parece que se refiere al fondo de los mares, a donde descenden los pescadores de perlas.

vv. 14-15: Los lugares ocultos, como bosques o cavernas, donde no entra la luz del sol.

v. 16 *el tirano* en un sentido general de ‘el malvado’, ‘el ambicioso’.

vv. 17-20: Los hombres cavan la tierra en busca de metales, invadiendo los lugares subterráneos que son propios de los muertos. Esta idea, como ha señalado Alfonso Rey, se halla en Plinio: «*Imus in viscera et in sede manium opes quaerimus*» (XXXIII, I, 2, ‘Buscamos riquezas en lo más hondo de sus entrañas y en la morada de los manes’). Otras frases de estos primeros párrafos del libro XXXIII, que es el que trata de los metales, se reflejan en diversos lugares del *Sermón estoico*. La idea se encuentra ya esbozada en Ovidio, como señala igualmente Alfonso Rey: «*Nec tantum segetes alimenta que debita dives / poscebatur humus, sed itum est in viscera terrae, / quasque recondiderat Stygiisque admoverat umbris, / effodiuntur opes, irritamenta malorum*» (*Metamorfosis*, I, vv. 137-40, ‘y [cuando llegó la edad de hierro] no sólo se exigían a la tierra opulenta las cosechas y alimentos que ella debía dar, sino que se penetró en las entrañas de la tierra y se excavaron los tesoros, estímulo de la depravación, que ella había escondido llevándolos junto a la sombra del Estige’). Ver también *Amores*, III, VIII, vv. 35-38. La misma idea aparece en Marcial: «*scissa nec ad Manes sed sibi dives humus*», (XII, ep. LXII, ‘cuando la tierra no había sido todavía abierta hasta la morada de las sombras, sino que guardaba para ella sus riquezas’).

Ni la pluma a las aves,  
 ni la garra a las fieras,  
 ni en los golfos del mar, ni en las riberas  
 el callado nadar del pez de plata,  
 les puede defender del apetito; 25  
 y el orbe, que infinito  
 a la navegación nos parecía,  
 es ya corto distrito  
 para las diligencias de la gula,  
 pues desotros sentidos acumula 30  
 el vasallaje, y ella se levanta  
 con cuanto patrimonio  
 tienen, y los confunde en la garganta.  
 Y antes que las desórdenes del vientre  
 satisfagan sus ímpetus violentos, 35  
 yermos han de quedar los elementos,  
 para que el orbe en sus angustias entre.

Se desarrolla aquí un tema muy tratado por poetas y moralistas latinos: la condena de la gula ansiosa de platos raros y exquisitos que hay que buscar en regiones lejanas: «*Iam ventri longius itur / quam modo militiae. Numidarum pascimur oris / Phasidos et lucis; arcessitur inde macellum / unde aurata novo devecta est aequore pellis*» (Manilio, V, vv. 374-77, ‘Ahora vamos más lejos a causa del vientre que antes a causa de la guerra; somos alimentados por las riberas de los númeridas y los bosques de Fasis; nuestros mercados son proveídos por la tierra de donde se trajo por aguas desconocidas el Vello de Oro’); «*O miserabiles, quorum palatum nisi ad pretiosos cibos non excitatur! Pretioso autem non eximius sapor aut aliqua faucium dulcedo sed raritas et difficultas parandi facit*» (Séneca, *Consolación a Helvia*, X, 5, ‘Cuán miserables son aquellos cuyo apetito no se excita sino ante comidas carísimas! Y carísimas no por el sabor exquisito, ni por alguna otra delicadeza del paladar, sino por la rareza y la dificultad de encontrarlas’); «*O prodiga rerum / luxuries numquam parvo contenta paratis / et quaesitorum terra pelagoque ciborum / ambitiosa fames et lautae gloria mensae*» (Lucano, IV, vv. 373-76, ‘Oh lujo pródigo de las superfluidades, descontento siempre de lo que se ofrece a bajo precio, y tú, hambre ambiciosa de alimentos rebuscados por tierra y por mar, vanagloria de las mesas suntuosas’); «*Mergi enim, credo, in profunda satius est et ostrearum genera naufragio exquiri, aves ultra Phasim amnen peti [...], alias in Numidia Aethiopiaque in sepulchris aucupari, aut pugnare cum feris mandique capientem quod mandat alius*» (Plinio, XIX, XIX, 52, ‘Da más satisfacción, pienso, sumergirse en las profundidades del mar y buscar toda clase de ostras a costa de un naufragio y traer aves de más allá del río Faso [...] o ir en busca de otras a Numidia y entre las tumbas de Etiopía o luchar con bestias salvajes y, cazando para que otro lo coma, ser comido tú mismo’); «*Vosotros os parecéis al comensal que sin hartura y sin mesura se abalanza sobre todos los manjares, pues estimáis que hay que gastarlo todo, lo que tenéis en casa y lo que viene de fuera, pensando que no bastan para abasteceros vuestro mar ni vuestra tierra, sino que importando los placeres de los confines de la tierra, valoráis más lo que es de fuera que lo local, y lo caro más que lo barato, y lo que es difícil de conseguir más que lo que es fácil*». (Luciano, «El cínico», 8, *Obras*, IV, p. 14); «*Qui ventrem invitant pretio traduntque palato / sidereas Iunonis aves et si qua loquendi / gnara coloratis viridis deferur ab Indis, / quaesitus trans regna cibos, quorumque profundam / ingluviem non Aegaeus, non alta Propontis, / non freta longinquis Maeotia piscibus explent*» (Claudio, *Contra Eutropio*, II, vv. 329-34, ‘Su avidez, que es exacerbada por el precio de los alimentos, franqueando para saciarse los límites del imperio, devora el pájaro radiante de Juno y el que el indio atezado destina a encantarnos con su voz y su plumaje; ni el mar Egeo ni la profunda Propóntide ni la Meocia lejana podrán proporcionar peces para su voracidad’).

El tema aparece también en la patrística: «Y todo cuanto produce la tierra, las profundidades marinas y el espacio inconmensurable del aire,

todo se lo procuran con vistas a saciar su glotonería. Parece realmente como si estos infatigables golosos quisieran pescar en su redes al mundo entero para satisfacer su gula» (Clemente de Alejandría, *Pedagogo*, libro I, p. 140). La idea se encuentra igualmente en escritores españoles del Siglo de Oro: «Que no faltaban invenciones y agudezas del demonio para ello, de las cuales algunas están escritas, como es enviar a todas las partes del mundo por los manjares y cosas peregrinas y exquisitas, por precios inmensos y buscar y inventar maneras de guisados y viandas extrañas de peces y animales rarísimos y dificultosísimos de haber» (Pedro Mejía, *Diálogos o Coloquios*, p. 308); «La vanidad tirana sacrifica / al vientre los manjares que acumula; / las cautas asechanzas que fabrica / con vano estudio la ingeniosa gula, / no pueden contrastar en tierra y cielo / ligera fuga ni apartado vuelo» (Príncipe de Esquilache, *Nápoles recuperada*, p. 303).

v. 23 *golfos y riberas*: el mar abierto y el cercano a la costa. «En vulgar castellano siempre entendemos golfo por mar profundo, desviado de tierra en alta mar» (Covarrubias).

v. 24: Según el sentido, debiera ser más bien ‘el callado nadar al pez de plata’, pues *el nadar* forma serie con *la pluma* y *la garra*, que son los medios con que cuentan, respectivamente, el ave, la fiera y el pez para defenderse de la codicia de los humanos.

v. 24 *el callado nadar*: se trata de una hipálage, pues *callado* es canónicamente un atributo propio del pez, no del nadar. «Muchos sabios tienen al pesce por símbolo del silencio [...] La razón de lo cual se toma de su naturaleza, que es tal (según Aristóteles y los más de los sabios naturales) que entre todos los animales que tienen sangre, solo los peces carecen de voz» (Fray Juan de Pineda, *Diálogos familiares de la agricultura cristiana*, vol. 1, p. 176). Ya Empédocles dijo que había sido «pez mudo», Lucrecio habla de «*mutae natantes*» (II, 342), Horacio de «*mutis piscibus*» (*Odas*, IV, III, 19) y Ovidio de «*tacitos [...] pisces*» (*Metamorfosis*, IV, v. 50). Erasmo registra en sus *Adagia*: «*Magis mutus quam pisces*» (p. 675). Compárese: «No fundo rio os mudos peixes saltan» (Camões, *Lírica*, p. 204); «È pur voce non manda il muto pesce» (Tasso, *Il mondo creato*, V, 143.); «Aman los peces, y a quejarse prueban, / siendo tan mudos» (Lope de Vega, *Pastores de Belén*, p. 273); «Sagrado mar [...] / así tu mudo pueblo esté seguro / de la gula solícita» (*OP*, núm. 231). Sobre este tema, ver Daniel Devoto<sup>7</sup>.

vv. 30-34: No entiendo bien a qué se refieren *esotros sentidos*, pues no se ha hablado antes de ningún sentido. ¿Es posible que *esotros* no tenga antecedente, de forma que la frase significaría: la gula se alza con el patrimonio de los demás sentidos? Sin demasiada seguridad, propongo la siguiente interpretación: *sentido* está aquí empleado en la acepción que *Autoridades* define como: «el apetito o parte inferior del hombre». Los otros sentidos o apetitos serían la *vanidad* del verso 10 y, por otro lado la *codicia* y la *avaricia* de los versos 16 y 20, que ciertamente están un

<sup>7</sup> Ver Devoto, 1974.

tanto lejos en el texto del poema. La gula se uniría a la vanidad (halagada por lo precioso y exótico de los alimentos) y la codicia (deseosa de objetos caros) y mezclaría en la garganta, lugar propio suyo, el patrimonio de los otros dos *sentidos*. Hay otro pasaje de Quevedo que puede apoyar esta interpretación: «Que el alimento sea fácil y no costoso; el que [la naturaleza] apetece, no el que la inducen y persuaden la imitación o la lisonja de los otros sentidos» (*Prosa*, p. 1455).

Estos versos resultarían menos herméticos si en vez de *esotros sentidos* hubiera una expresión del tipo «esotros dominios». Entonces la gula «acumularía el vasallaje» del aire, la tierra y el agua, y «se alzaría con todo su patrimonio» de animales, aves y peces, para confundirlos en la garganta del glotón. Hay un texto de Séneca que parece tener relación con esto: «*Vide, quantum rerum per unam gulam transiturarum permisceat luxuria, terrarum marisque vastatrix*» (*Cartas a Lucilio*, XCV, 18, ‘Mira cuántas cosas mezcla, para hacerlas pasar por una sola garganta, la intemperancia devastadora de tierras y de mares’).

Hay un pasaje, también bastante oscuro, de Francisco López de Zárate, donde se habla del tema de la gula en términos parecidos, aunque aquí parece que los *otros sentidos* son la vista y el olfato: «Póngase estimación en la comida, / a la gula esta parte se concede, / sean paladares todos los sentidos, / superfluidades pródigas herede / de Césares a polvo reducidos / nuestra edad corrompida. / En su daño, los ricos ingeniosos / con artificio nueva sed inventen, / con venenos hermosos / y con enfermedades se sustenten, / lisonjas de la vista y del olfato» (p. 42).

v. 31 *levantarse con*: «apoderarse y hacerse dueño de ello» (*Autoridades*). Compárese «Fuisteis sujetos al rey de España, y, levantándoos con su patrimonio, os preciáis de rebeldes» (*Hora de todos*, OCP, vol. 1, p. 755).

v. 34 *las desórdenes*: en el Siglo de Oro la palabra se usaba tanto en masculino como en femenino.

vv. 34-37: Ver estos lugares paralelos de la obra de Quevedo: «Al hombre dio [Dios] apetito sin límite y sabor, que siendo licencioso, despuebla para servir a la gula todos los elementos» (*Prosa*, p. 1458); «El avariento [...] sirviendo en vajillas a su apetito las minas y joyas del oriente, y a su gula los elementos, que tiene despoblados de su pueblo la desorden de su garganta» (*Prosa*, p. 1512).

v. 37 *para que el orbe en sus angustias entre*: esta rara expresión se encuentra explicada en el *Diccionario de Autoridades*, que en la entrada «angustia» dice: «se halla tal cual vez usado por lo mismo que angostura o estrechez», e ilustra dicha acepción precisamente con estos versos de Quevedo. Así, el sentido sería: ‘para comerse el mundo, para que el orbe entre por la angostura de su garganta’.

Tú, Clito, entretenida, mas no llena,  
honesto vida gastarás contigo;  
que no teme la envidia por testigo,  
con pobreza decente, fácil cena.  
Más flaco estará, ¡oh Clito!

40

pero estará más sano,  
 el cuerpo desmayado que el ahíto;  
 y en la escuela divina, 45  
 el ayuno se llama medicina,  
 y esotro, enfermedad, culpa y delito.

v. 38 *entretenida*: según el uso del siglo XVII, la palabra era aplicable a la comida: «Aceitunas, aunque secas y sin adobo, pero sabrosas y entretenidas» (*Quijote*, II, 54, p. 1070).

v. 39 *vida* en el sentido de 'régimen alimenticio', según la acepción definida así en *Autoridades*: «se toma asimismo por el alimento necesario para mantenerla o conservarla».

vv. 40-41: 'Una cena modesta no tiene miedo de ser contemplada por la mirada de la envidia'. *Fácil* es también una palabra más aplicable a la comida en el lenguaje del XVII que en el actual: «Fáciles cosas cena con gran fiesta» (L. L. de Argensola, p. 120); «que el alimento sea fácil» (*Prosa*, p. 1455); «fácil y no más de una, la comida» (Conde de Rebolledo, p. 500).

v. 45 *en la escuela divina*: de acuerdo con las enseñanzas de la religión.

El hombre, de las piedras descendiente,  
 idura generación, duro linaje!,  
 osó vestir las plumas; 50  
 osó tratar, ardiente,  
 las líquidas veredas; hizo ultraje  
 al gobierno de Eolo;  
 desvaneció su presunción Apolo,  
 y en teatro de espumas, 55  
 su vuelo desatado,  
 yace el nombre y el cuerpo justiciado,  
 y navegan sus plumas.  
 Tal has de padecer, Clito, si subes  
 a competir lugares con las nubes. 60

v. 48: Alusión al mito de Deucalión y Pirra.

v. 49: Como observa Alfonso Rey<sup>8</sup>, la exclamación procede del «*genus durum sumus*» de Ovidio (*Metamorfosis*, I, 414), el cual, después de narrar la historia de Deucalión, habla de la dureza del género humano como efecto de su procedencia de las piedras. Sigmund Méndez<sup>9</sup> recuerda igualmente el «*durum genus*» de Virgilio al mismo propósito (*Geórgicas*, I, 63).

v. 50: La figura de Ícaro es usada a menudo como emblema de la ambición y de la soberbia humanas<sup>10</sup>.

v. 52 *líquidas veredas*: los caminos del aire. *Líquidas* en el sentido de 'aéreas' aparece con frecuencia en la poesía latina: «*Mox, aere lapsa quieto, / radit iter liquidum, celeris neque commovet alas*» (*Eneida*, V, vv. 216-17, 'Después, hundida en el aire sereno, hiende el aéreo camino sin mover

<sup>8</sup> Ver Rey, 1987, p. 242.

<sup>9</sup> Ver Méndez, 2006, p. 400.

<sup>10</sup> Ver Cabañas, 1952, Fucilla, 1960, y Turner, 1977.

apenas las rápidas alas’); «*liquidumque per aera lapsae*» (*Eneida*, VI, v. 202, ‘hundidas en el aire transparente’); «*liquidum motis talaribus aëra findit*» (*Metamorfosis*, IV, v. 667, ‘y agitando sus sandalias hiende el límpido aire’); «*aera per liquidum regnisque inlapsus opacis / dic patruo*» (Estacio, *Tebaida*, I, vv. 294-95, p. 84, ‘hundido en el aire transparente y en los reinos oscuros’); «*Quidquid liquidus complectitur aër*» (Claudio, *De raptu*, II, v. 294, ‘todo cuanto abarca el aire transparente’). Se trata pues de un latinismo semántico que Quevedo utiliza con frecuencia: así el viento en las velas es «líquido y sonoro mariner» (*OP*, núm. 57); cuando Cristo resucitado sube al cielo, «las regiones / líquidas estudiaron nuevas galas» (*OP*, núm. 192, vv. 787-88); «Dando venganza estás de ti a los vientos, / cuyas líquidas iras despreciabas» (*OP*, núm. 201, vv. 5-6); «Quiere de tu caballo la herradura / pisar líquidas sendas» (*OP*, núm. 212, vv. 5-6); «¿Qué otra cosa predicán esas líquidas campañas de los cielos?» (*Prosa*, p. 1296). Se trata de un uso que encontramos ya en algunos poetas anteriores: «per che di chiare e splendide fiamelle / nel liquido sereno aveva distinto / la fronte al Tauro» (Boiardo, *Canzoniere*, p. 191); «Ya, con no usado vuelo, me sublimo / con fuertes alas por el grande campo / del líquido sereno» (Herrera, *Poesía*, p. 785); «una colomba [...] / rade / quelle liquide vie con l’ali tese» (Tasso, *Gerusalemme liberata*, XVIII, 49); los peces y los pájaros siguen «e l’uno e l’altro i liquidi sentieri» (Tasso, *Il mondo creato*, v. 758, p. 181); «Mentre il ciel misurate e le sue stele / e quei che tra’ suoi cerchi ei cinge e serra / liquidi campi» (Tasso, *Rime*, núm. 1590, p. 340); «en el de muros líquidos que ofrece / corredor el diáfano elemento» (Góngora, *Soledades*, II, vv. 927-28); «los piélagos líquidos del viento» (Villamediana, p. 396).

vv. 53-54: Ícaro invadió las regiones del aire, sobre las que gobierna Eolo.

v. 54: Apolo, el sol, derritió la cera que unía las plumas.

v. 56: Las alas deshechas por el calor del sol.

v. 57 *Yace el nombre*: porque el lugar en el que cayó Ícaro se llamó desde entonces el mar de Icaria. La idea procede de Ovidio: «*“Icare” clamabat; pinnas aspexit in undis. / Ossa tegit tellus; aequora nomen habent*», (*Arte de amar*, II, vv. 95-96, ‘Ícaro!, clama [Dédalo] y descubría plumas sobre las olas. La tierra cubrió sus huesos, el mar lleva su nombre’); y también «*Icarus, aequoreis nomina fecit aquis*» (Ovidio, *Tristes*, I, I, 90, ‘Ícaro dio su nombre a las aguas del mar’). A partir de aquí, la mención del nombre dado al mar se convierte en un elemento canónico del tema poético de Ícaro: «Per troppo ardir fu esanimato e spento; / ed or del nome suo tutto rimbomba / un mar si spazioso» (Sannazaro, *Rime*, LXIII<sup>11</sup>); «aquel que con las alas derretidas / cayendo, fama y nombre al mar ha dado» (Garcilaso, soneto XII, p. 27); «¿Qué buen fin espera / quien va sin recelo, / subiendo en el cielo / con alas de cera? / De vuestros antojos / vencido el volar / daréis nombre al mar / que han hecho a mis ojos» (Diego Hurtado de Mendoza, p. 228); «Ché s’altri, cui disio

<sup>11</sup> Ver Oliva, 1978, p. 343.

simil compunse, / dié nome eterno al mar col suo morire, / ove l'ardite penne il sol disgiunse» (L. Tansilo, I, p. 5); «Que si otro puso al mar perpetuo nombre» (Gutierrez de Cetina, p. 17); «Perdió las alas y, en el aire muerto, / recibíéndole el mar del alto vuelo, / por el nombre le dio la sepultura» (Hernando de Acuña, p. 343); «Não cometera... o ar vacio / o grande arquitector c'õ filho, dando / [...] nome ao mar» (Camões, *Os Lusíadas*, IV, 104, p. 221); «aque! joven atrevido / que dio al cerúleo pié-lago su nombre» (Fernando de Herrera, p. 410); «cayó el rapaz, y con el nombre suyo / intituló sus trágicas espumas» (Bartolomé L. de Argensola, vol. I, p. 67); «Que si muerto cual Ícaro bajares / nombre darás al mar de mis tormentos» (Pedro Soto de Rojas, *Desengaño de amor*, fol. 14); «al mar [...] gran honra le será [...] / que le hurte su nombre tu ruina» (Góngora, *Sonetos*, p. 138); «te arrojó al mar, a quien tú nombre has dado» (Arguijo, p. 57)<sup>12</sup>.

Acerca de este pasaje del *Sermón estoico* explica Turner:

The history of mankind is exemplified in the myth of Icarus who tried to reach too far and brought unhappiness upon himself. Man's ambition and his continual acts of daring, such as the attempt to cross the seas, have led to the state in which he now finds himself<sup>13</sup>.

De metal fue el primero  
que al mar hizo guadaña de la muerte:  
con tres cercos de acero  
el corazón humano desmentía.  
Éste, con velas cóncavas, con remos, 65  
oh muerte, oh mercancía,  
unió climas extremos;  
y, rotos de la tierra  
los sagrados confines,  
nos enseñó, con máquinas tan fieras, 70  
a juntar las riberas;  
y de un leño, que el céfiro se sorbe,  
fabricó pasadizo a todo el orbe,  
adiestrando el error de su camino  
en las señas que hace, enamorada, 75  
la piedra imán al Norte,  
de quien, amante, quiere ser consorte,  
sin advertir que, cuando ve la estrella,  
desvarían los éxtasis en ella.

El poema desarrolla un motivo muy frecuente en la poesía clásica, el de la diatriba contra la navegación. En la edad de oro, cuando los hombres vivían en paz y sin ambiciones, no existían los barcos. Ver Lucrecio, V, vv. 999-1006; Ovidio, *Metamorfosis*, I, vv. 94-95, Tibulo, I, 3, vv. 34-49; Séneca, *Medea*, vv. 329-34. Luego la codicia, con el deseo de conquistar nuevas tierras y de buscar riquezas en países remotos, llevó a los hom-

<sup>12</sup> Sobre este tema, Melé, 1930, pp. 218-45.

<sup>13</sup> Ver Turner, 1977, p. 112.

bres a inventar la navegación y a surcar los mares, ocasionando contiendas entre pueblos que antes no se conocían, y encontrando, entre los peligros de las olas, un nuevo tipo de muerte hasta entonces inexistente.

v. 61: La expresión *de metal fue*, con el sentido de ‘era de corazón duro’ procede de la expresión latina «*ferreus est*» o «*ferreus fuit*», muy frecuente en poesía: «*Ferreus est, siquis, quod sinit alter, amat*» (Ovidio, *Amores*, II, XIX, v. 4, ‘De hierro es aquel que ama lo que otro le permite’); «*Ferreus ille fuit, qui te cum possit habere*» (Tibulo, I, 2, v. 64, ‘De hierro fue aquel que, habiendo podido poseerte’); «*Ferreus est, si stare potest*» (Marcial, XI, ep. XXVII, ‘De hierro eres si puedes excitarte’). También procede de la poesía latina la censura contra determinado hecho maldiciendo al primero que lo llevó a cabo: «*A pereat, quicumque meracas reperit uvas / corruptitque bonas nectare primus aquas*» (Propertio, II, XXXIII, vv. 27-28, ‘¡Ay, perezca el primero que inventó el vino y corrompió con el néctar el agua buena!’); «*Quis fuit, horrendus primus qui protulit enses?*» (Tibulo, I, X, 1, ‘¿Quién fue el primero que inventó las terribles espadas?’).

De esta clase es la diatriba, frecuente en la poesía latina, contra el primero que inventó la navegación: «*Illi robur et aes triplex / circa pectus erat, qui fragilem truci / commisit pelago ratem / primus*» (Horacio, *Odas*, I, 3, vv. 9-12, ‘El primero que confió al mar feroz una frágil nave tenía alrededor del pecho una triple coraza de roble y bronce’); «*A pereat, quicumque ratis et vela paravit / primus et invito gurgite fecit iter*» (Propertio, I, XVII, vv. 13-14, ‘¡Ay, perezca el primero, quienquiera que sea, que dispuso naves y velas y se abrió camino en contra de la voluntad del mar!’); «*Audax nimium qui freta primus / rate tam fragili perfida rupit*» (Séneca, *Medea*, vv. 301-302, ‘Muy audaz fue el primero que en tan frágil barco surcó el pérfido piélagos’); «*Quis rude et abscissum miseris animantibus aequor / fecit iter solidaeque pios telluris alumnos / expulit in fluctus pelagoque immisit hianti / audax ingenii? Nec enim temeraria virtus / illa magis, summae gelidum quae Pelion Ossae / iunxit anhelantemque iugis bis pressit Olympum*» (Estacio, *Silvas*, III, 2, vv. 61-76, ‘¿Quién hizo un camino en la extensión cerrada a los míseros mortales, y lanzó a las olas a los piadosos hijos de la sólida tierra, y los arrojó, osado de espíritu, al inmenso piélagos? Pues no fue más temerario aquel valor que unió el helado Pelión a la cima del Osa y oprimió doblemente con sus cimas al Olimpo jadeante’). Ver también la *Antología griega*, lib. IX, ep. 29. A veces el topos se invierte, como en los versos de Claudiano: «*Inventa sequit primus qui nave profundum / et rudibus remis sollicitavit aquas*» (*El rapto de Proserpina*, vv. 1-2, ‘El primero que, con la nave recién inventada, surcó el mar y con rudos remos golpeó las aguas’) que continúan en forma de elogio y no de diatriba.

El motivo aparece a menudo en la poesía del Siglo de Oro. Véanse los siguientes ejemplos, en muchos de los cuales la imitación de los versos de Horacio citados más arriba llega a lo literal: «Oh! Maldito o primeiro que no mundo / Nas ondas vela pôs em seco lenho!» (Camôens, *Os Lusíadas*, IV, 102, p. 221); «¡Oh corazón de piedra, oh duro acero, /

tú que sulcaste el fiero mar primero, / que te fiaste con un frágil pino / de tentar el furor del viento airado / y de enfrenar el ímpetu marino / cuando está más de rabia y furia armado! / ¡Oh duro corazón diamantino!» (Cristobal de Virués, *El Monserrate*, p. 525); «¿Cuál tigre, la más fiera / que clima infamó hircano, / dio el primer alimento / al que, ya de este o de aquel mar, primero / surcó, labrador fiero, / el campo undoso en mal nacido pino?» (Góngora, *Soledades*, I, vv. 366-71); «Bien fue de acero y bronce aquel primero / que en cuatro tablas confió su vida / al mar, a un lienzo y a una cuerda asida, / y todo junto al viento lisonjero» (Lope, *Rimas*, vol. 1, p. 245); «¡De bronce debió de ser / quien osó en el mar poner / primero un frágil navío!» (Lope, *El Isidro*, VI, 50, p. 477); «Con tres hojas, malsano, armó de acero / su pecho cudicioso / quien de una frágil tabla fió el primero / su vida al mar furioso» (Medrano, p. 222); «Malhaya el temerario, el ambicioso, / en el mar monstruo, cuando no marino, / que hurtó al bosque el mal nacido pino / para darle a Neptuno proceloso» (Villamediana, p. 60, y nota en p. 110); «¡Ay, cuánto fue cruel el que primero / aró el campo salado! / ¡Ay, cuánto, ay cuánto fue de duro acero!» (Carrillo Sotomayor, p. 107); «¡Malhaya aquel que primero / pinos en el mar sembró, / y que sus rumbos midió / con quebradizo madero!» (Tirso de Molina, *El burlador de Sevilla*, p. 555); «De roble endurecido / y de redoble acero / tuvo ceñido en torno el pecho frío / quien al embravecido / mar entregó primero / de frágil leño el cóncavo navío» (Estos versos figuran como de Juan de Jáuregui en *Rimas*, p. 68, pero se dan como de Juan de Arguijo en *Obra poética*, p. 247). «Por cierto, el que al hinchado / mar entregó las áncoras primero, / tuvo el pecho de acero» (Villegas, p. 66). El mismo tema aparece en prosa: «Sea lo que fuere, invéntelo quien lo inventare, que muchas veces me paro a pensar cuán aborrecido debía de estar el primer hombre que estando bien seguro en la tierra se cometió a los grandes peligros de la mar» (Fray Antonio de Guevara, *Arte de marear*, p. 324); «¡Oh tirano mil veces de todo el ser humano aquel primero que con escandalosa temeridad fió su vida en un frágil leño al inconstante elemento! Vestido dicen que tuvo el pecho de aceros; mas yo digo que revestido de yerros» (Gracián, *Criticón*, I, p. 105). El propio Quevedo trató el tema en otro lugar: «¡Malhaya aquel humano que primero / halló en el ancho mar la fiera muerte, / y el que enseñó a su espalda ondosa y fuerte / a que sufriese el peso de un madero!» (*OP*, núm. 134). En *El peregrino en su patria*, Lope ironiza sobre este motivo literario: «Los poetas encarecen / el arte de navegar, / mas culpan al que en el mar / puso la tabla primera» (p. 280).

Sobre este tópico y, en general, sobre el tema del mar en la poesía de Quevedo, se puede consultar los trabajos de Maurer, Schwartz Lerner, Martinengo, Laguna Mariscal y Ramajo Caño<sup>14</sup>.

v. 62: 'que convirtió el mar en ocasión de muerte para los hombres'.

<sup>14</sup> Ver Maurer, 1981, Schwartz, 1984, Martinengo, 1985, y Laguna Mariscal, 1994.

vv. 63-64: Como ya señaló Menéndez Pelayo<sup>15</sup>, la expresión imita directamente el verso de Horacio citado más arriba.

v. 65: El epíteto *côncavas* aplicado a las velas procede, como señala Sigmund Méndez<sup>16</sup>, de Ovidio: «*ventus concava vela tenet*» (*Heroidas*, VI, v. 66, ‘el viento hinche las cóncavas velas’) y aparece también en Camões: «Os ventos brandamente respiravam, / Das naus as velas côncavas inchando» (*Os Lusíadas*, I, 19, p. 65) y «das naus as velas côncavas rompendo» (Elegía 11).

vv. 66: *ioh muerte!*, *ioh mercancía!*: una de las funciones de los barcos es transportar mercancías, pero la verdadera mercancía es, según Quevedo, ese nuevo género de muerte por naufragio cuya noticia llevan las naves a los países lejanos.

vv. 68-69: También en Horacio aparece la idea de que la separación de las tierras es producto de la voluntad divina, de forma que sus confines son *sagrados*.

v. 72 *se sorbe*: este verbo, empleado para hablar de los barcos que se anegan en el mar, tiene antecedentes clásicos: «*Eodem die ubi luserunt navigia, sorbentur*» (Séneca, *Cartas a Lucilio*, IV, 7, ‘Se hunden los barcos en el lugar en donde habían jugado ese mismo día’). En la poesía áurea se encuentran diversos ejemplos: «Gli arde il foco, il mar sorbe» (Ariosto, *Orlando furioso*, XL, 8); «Veis que se hace un remolino espantoso y se lo sorbe» (Malón de Chaide, vol. 2, p. 75); «Estanca la galera y, de agua llena, / la va sorbiendo el lago fluctuoso» (Juan Rufo, *Austriada*, p. 41); «Cualquiera vio entre lamas y ondas feas / sorberse el mar» (Barahona de Soto, p. 470); «Oh mar, que el leño más dorado sorbe» (Lope, *Obras poéticas*, p. 871); «Ceruleo sorbedor por tantas bocas / de más naves que vio tu cetro arenas» (Lope, *Obras poéticas*, p. 1399); «Del Océano pues antes sorbido / y luego vomitado» (Góngora, *Soledades*, I, vv. 22-23); «Aunque veamos / o embestir ya el bajel en los más yertos / escollos, o sorberlo ya el abismo» (Medrano, p. 299); «A ti segunda vez, maladvertido, / la resaca sorbió del mar hambriento» (Medrano, p. 313); «Al mar hinchado, que las naves sorbe / cuando el viento furioso le contrasta» (Aguilar, p. 187).

La palabra *céfiro*, según *Autoridades*, «entre los poetas se toma por cualquier viento que sopla blanda y apaciblemente». Se trata, pues, aquí, de una hipérbole, según la cual un barco es algo tan frágil que hasta el viento más suave lo hace naufragar. Pero hay algo extraño en la frase de Quevedo, pues en realidad no es el céfiro quien se sorbe el navío, sino las aguas.

v. 73 *fabricó pasadizo*: Manuel Ángel Candelas Colodrón señala el paralelismo entre este verso y una frase de *El chitón de las tarabillas* que dice: «Tratose de entretener más tiempo el oro y la plata en estos reinos, viendo cuán breve pasadizo han fabricado en los cuartillos los extranjeiros para su extracción» (*OCP*, vol. 3, p. 202).

<sup>15</sup> Ver Menéndez Pelayo, 1885, p. 353n.

<sup>16</sup> Ver Méndez, 2006, p. 399.

v. 74 *adiestrar*: «guiar alguno de la diestra, o porque es ciego o porque camina por lugar oscuro» (*Aut.*). «Un ciego, el cual, paresciéndole que yo sería para adestralle» (*Lazarillo de Tormes*, p. 21). «Adestrándolo con la mano los compañeros le entraron en Damasco» (Quevedo, *La caída para levantarse*, p. 182); «Se le anegaron los ojos en noche y tinieblas, y buscaba quien le adestrarse» (Quevedo, *La caída para levantarse*, p. 191). Aquí, 'dejándose conducir por'.

vv. 74-77: El *imán* como tema poético aparece por primera vez en el poema «*Magnes*» de Claudiano (II, p. 234), donde se compara la atracción del hierro por el imán con la atracción amorosa. Vilanova<sup>17</sup>, comentando el verso «el bello imán, el ídolo dormido», dice «que la atracción del acero por el imán, como símbolo de la irresistible potencia del amor, es un tópico ya existente en la poesía española del siglo XVI anterior a Góngora» y aduce varios ejemplos, algunos de los cuales hablan de la brújula. En todos ellos el imán funciona como término metafórico referido a la atracción que ejerce la amada sobre el amante o, en el terreno religioso, Dios sobre el alma. El símbolo aparece en Bernat de Ventadorn<sup>18</sup>; Dante (*Paradiso*, XII, 29); Marsilio Ficino (*Comentario al Banquete*, discurso VI, cap. II).

En Quevedo, por el contrario, la brújula es el termino real, mientras que el tema amoroso funciona metafóricamente. Es decir, no es que los amantes se atraigan como el imán al hierro, sino que la estrella polar atrae al imán como si éste estuviera enamorado. Así ocurre ya en unos versos de Aldana: «Estrellas hay que beben la influencia, / unas a otras, con aspeto eterno; / aquella que en su fija residencia / sigue el piloto el más helado invierno, / dulce también de amor correspondencia / se hurta, y comunica afeto tierno / entre el acero y quien lo llama y tira / a su causa mirar, donde ella aspira» (p. 266).

Mucho más cerca de Quevedo se halla un pasaje de las *Soledades* de Góngora, que es también una diatriba contra el primero que surcó los mares y en donde se llama a la brújula «del Norte amante dura» (*Soledades*, I, v. 394). Blecua recuerda, a propósito de estos versos, un lugar paralelo de *Providencia de Dios*: «Halló en la piedra imán los amores con el Norte y en los éxtasis de la aguja dividió las guías de camino tan borrado de noticias y señales» (*Prosa*, p. 1549).

vv. 78-79: La aguja de la brújula es amante del Norte, pues se siente atraída por la Estrella Polar, a la que quiere acercarse y con la que quiere unirse, es decir, *ser consorte*. Pero el marinero se fía de la aguja, *sin advertir* que no puede confiar plenamente en ella, pues *cuando ve la estrella*, frase que aquí parece que hay que interpretar en el sentido de 'cuando está más cerca de ella, pues se halla justo debajo', la aguja empieza a desvariar, a moverse de un lado para otro sin señalar una dirección fija. La misma idea aparece en Góngora, en los versos 386-88 del pasaje ci-

<sup>17</sup> Ver Vilanova, 1957, vol. 2, p. 91.

<sup>18</sup> Ver Riquer, 1975, vol. 1, p. 365.

tado de las *Soledades*: «y, con virtud no poca, / distante la revoca, / elevada la inclina», que Pellicer comenta con las siguientes palabras:

Cuando el norte está muy distante, revoca a sí la aguja, la atrae; pero cuando se navega debajo del norte, que es estar elevada la estrella sobre la aguja misma, anda inquieta la aguja, y de oriente a poniente sin cesar, que es lo que llaman nordestear los pilotos (*Lecciones solemnes*, col. 443).

A esta característica de la brújula alude Quevedo en otro texto: «Por eso juzgo [...] que [este libro] hace el oficio de aguja para navegar sus golfos y descubrir sus Indias; sin desvariar como la nuestra por los delirios del imán, siempre fija al norte del Espíritu Santo» (*Prosa*, p. 1470).

Clito, desde la orilla	80
navega con la vista el Oceano:	
óyele ronco, atiéndele tirano,	
y no dejes la choza por la quilla;	
pues son las almas que respira Tracia	
y las iras del Noto,	85
muerte en el Ponto, música en el soto.	

El motivo del hombre que contempla el mar desde la orilla, como símbolo de tranquilidad y seguridad, se encuentra en Lucrecio: «*Suave mari magno turbantibus aequora ventis, / e terra magnum alterius spectare laborem*» (II, vv. 1-2, ‘Es agradable, cuando sobre el ancho mar los vientos levantan las olas, contemplar desde tierra los afanes de otro’). Más cercano a la idea de Quevedo se halla el verso de Horacio que dice: «*Tamen illic vivere vellem [...] / Neptunum procul e terra spectare furem*» (*Epístolas*, I, XI, vv. 8-10, ‘ahí vivir empero quisiera [...] y lejos desde tierra contemplar a Neptuno furioso’). Ver también Horacio, *Odas*, II, X. El tema aparece en varios poetas del Siglo de Oro: «Gracias al cielo doy [...] / que del viento el mar embravecido / veré desde lo alto sin temello» (Garcilaso, soneto XXXIV, p. 58); «Dulce ver es de tierra un bravo viento / que levanta la mar alta e hinchada, / sacando las arenas del cimiento; / entre las altas ondas trabajada / una pequeña fusta abandonarse / que en breve será rota o anegada» (Diego Hurtado de Mendoza, p. 39); «De tí, en el mar sujeto / con lástima los ojos inclinando, / contemplaré el aprieto / del miserable bando / que las saladas ondas va corriendo» (Fray Luis, *Poesía*, p. 147); «Quiero también [...] / no lejos descubrir de nuestro nido / el alto mar, con ondas bulliciosas» (Aldana, p. 454); «Miremos la tormenta rigurosa / desde la playa» (Francisco de la Torre, p. 162); «De la tranquilidad pisas contento / la arena enjuta, cuando en mar turbado / ambicioso bajel da lino al viento» (Góngora, *Sonetos*, p. 96); «Hermosa vista tiene el mar cubierto / de blanca espuma, en olas encrespado [...] / mas es a quien lo mira ya del puerto / y a su contrario desde allí engolfado» (Balbuena, *El Bernardo*, p. 284); «Pláceme ver el mar cuando se enoja / y a montes de agua montes acumula, / y al experto patrón, que disimula / prudente, su temor, puesto en congoja» (Medrano, p. 174); «Lo que es leño en el mar, es aquí haya; / aquí

eres dueño del que allá te obligas / a fatigar con ruegos los oídos, / tan bien votados cuanto mal cumplidos» (Pedro de Espinosa, p. 145); «Mira el mar desde lejos, / no ciego el apetito en los honores / te lleve a inquietas Cícladas y errores» (López de Zárate, I, p. 68); «Deme el tiempo a mí lugar, / no tarde pues no soy muerto, / para mirar desde el puerto / los peligros de este mar» (Villamediana, p. 498); «Y debiendo a mis pesares / este tranquilo concierto / miraré como del puerto / la mudanza destos mares» (Villamediana, p. 508). Quevedo desarrolla este motivo literario en el poema núm. 123.

v. 81: 'conténtate con mirar el mar sin penetrar en él'.

v. 83: 'No cambies tu vida, en la que sufres pobreza pero disfrutas de seguridad, por los peligros del mar'.

v. 84: González de Salas, anotando este verso, remite al «*Impellunt animae lintea Traciae*» (Horacio, *Odas*, IV, XII, v. 2). Alfonso Rey<sup>19</sup> señala que «los vientos tracios –*animae Thraciae*– dan lugar a un latinismo semántico (almas = vientos) que a su vez propicia una metáfora personificadora, 'las almas que respira Tracia'» o, como dice en otro lugar, «existen dos latinismos semánticos: almas con el significado de 'vientos' y respira con el de 'sopla'»<sup>20</sup>. En las *Lágrimas de Jeremías castellanas*, Quevedo se refiere incidentalmente a este verso de Horacio: «pues si de eso hiciésemos misterio, veremos en los rigurosos latinos que ánima significa 'viento'. Horacio: "*Impellunt animae lintea Tracia[e]*"<sup>21</sup>. Hay que observar, sin embargo, como recuerda Paul Julian Smith<sup>22</sup> que en Horacio las brisas de Tracia son compañeras de la primavera y apaciguan el mar, lo cual no parece concordar con «las iras del Noto». Es posible que se trate de un error de Quevedo o que, como sugieren Arellano y Schwartz<sup>23</sup> comentando el soneto 454, el poeta tuviera presentes unos versos de Homero donde, en efecto, los vientos que provienen de Tracia provocan una tempestad: «Como conmueven el ponto [...] los vientos Bóreas y Céfiro, soplando de improviso desde la Tracia y las negruzcas olas se levantan» (*Iliada*, IX, 7-8). En un poema del *Appendix Vergiliana* se habla también del viento de Tracia como de un viento de tempestad: «*Thraecis tum Boreae spirent immania vires, / Euris agat mixtam fulva caligine nubem*» («Dirae», vv. 37-38, 'Que entonces la violencia del Bóreas de Tracia lance sus ráfagas impetuosas, que el euro arrastre un nublado mezclado con una oscura caligine'). Antonio Carreira pone este verso del *Sermón estoico* sobre las *almas que respira Tracia* como ejemplo de préstamo clásico que resulta incomprensible al lector que no sea capaz de identificar la fuente<sup>24</sup>.

<sup>19</sup> Ver Rey, 1987, p. 248.

<sup>20</sup> Ver Rey, 1995, p. 40.

<sup>21</sup> Quevedo, *Obra poética*, ed. Bleuca, vol. 4, p. 397.

<sup>22</sup> Smith, 1987, p. 130.

<sup>23</sup> Ver Quevedo, *Un Heráclito cristiano*, 1998.

<sup>24</sup> Ver Carreira, 1998, p. 374.

v. 86: *soto*: «sitio que en las riberas o vegas está poblado de árboles y arbustos» (*DRAE*). Los vientos que en el mar provocan la muerte del navegante, entre los árboles de la orilla no hacen sino producir un rumor comparable a la música, es decir, que son inofensivos.

Profaná la razón, y disfamola, mecánica codicia diligente, pues al robo de Oriente destinada, y al despojo precioso de Occidente, la vela desatada,	90
el remo sacudido, de más riesgos que ondas impelido, de Aquilón enojado, siempre de invierno y noche acompañado, del mar impetuoso que tal vez justifica el codicioso, padeció la violencia, lamentó la inclemencia,	95
y por fuerza piadoso, a cuantos votos dedicaba a gritos, previno en la bonanza otros tantos delitos, con la esperanza contra la esperanza.	100

El pasaje plantea una dificultad sintáctica, pues no se ve con claridad cuál es el sujeto de *padeció* (98), *lamentó* (99), *dedicaba* (101) y *previno* (102), sujeto con el cual conciertan los participios *impelido* (93) y *acompañado* (95). Habría que suponer que se está hablando de *el primero* del verso 41 o *del hombre* del verso 48, o en general, de ese sujeto, que se identifica con el ser humano en general, y del cual se habla a lo largo de todo el poema. Alfonso Rey edita el verso 97 de la siguiente manera: «(que tal vez justifica) el codicioso», con lo que *el codicioso* sería el sujeto por el que nos preguntábamos. Sólo habría algo extraño, y es que el pasaje empezaría hablando de la *codicia*, con quien concertaría el participio *destinada* (89), y más o menos en el verso 93 habría un quiebro según el cual *impelido* y *acompañado* se refieren ya a *el codicioso*.

vv. 87-88: ‘La codicia profaná y disfamó a la razón’. La razón lleva a preservar la propia vida, mientras que la codicia impulsa al hombre a arriesgarse a los peligros de la navegación.

v. 88 *Mecánica*: según *Autoridades*, «se toma también por cosa baja, soez e indecorosa». Ver «Las quejas populares y mecánicas [...] son de gran ruido mas de poco peso» (*Política de Dios*, p. 186); «Aquellos padres condenaron la plata y oro a precio desautorizado de almas vendibles y vidas mecánicas» (*Marco Bruto*, pp. 12-13); «Después que ha enjugado los pechos de su madre, o si tuvo por ocupación mecánica su crianza los de su ama» (*Prosa*, p. 1549); «poetas mecánicos, ingenios cantoneros y musas de alquiler» (*OCP*, vol. 1, p. 536); «Huye en concursos tales / alabanzas mecánicas venales» (*Epiceto, OP*, vol. 4, p. 534, vv. 13-14); «Los que tienen que San Pablo no fue noble, sino hombre vil y bajo y mecá-

nico» (*La caída para levantarse*, p. 146); «como los judíos son ricos por los medios que tengo dichos y su caudal es mecánico» (*Excecración contra los judíos*, p. 39). Ver en otros autores: «No es justo que sus libros anden entre mecánicos e ignorantes» (Lope, *Rimas*, I, p. 139); «llaman poetas mecánicos los que le imitan [a Garcilaso]» (Lope, *Obras poéticas*, p. 886); «el mecánico estruendo / en las vulgares calles / cesaba a los oficios» (Lope, *Obras poéticas*, p. 1488); «Estaba la plaza hecha un gran corral del vulgo [...] A tan mecánico aplauso, subió en puesto superior [...] un elocuentísimo embustero» (Gracián, *Criticón*, I, p. 235); «se levantó la grito de todo aquel mecánico teatro» (Gracián, *Criticón*, I, p. 240).

vv. 89-90: La expresión parece inspirada en la frase de Virgilio: «*Onustus spoliis Orientis*» ‘cargado con los despojos del oriente’ (*Eneida*, I, 289).

vv. 93-94: Nótese el violento hipérbaton: ‘Impelido por más riesgos del Aquilón enojado que ondas tiene el mar’.

v. 97: La frase *que tal vez justifica el codicioso* resulta un tanto oscura. La mejor solución me parece la que propone Alfonso Rey: «la desaforada ambición del codicioso justifica o hace perdonar, por comparación, los ímpetus del mar».

v. 100 *por fuerza piadoso*: implorando a Dios obligado por el peligro y el miedo.

v. 101: El tema de los votos de los marineros en la tormenta aparece con frecuencia en la poesía latina: «*Votaque servati solvent in litore nautae*» (Virgilio, *Geórgicas*, I, 436, ‘los marineros, a salvo en la playa, cumplirán los votos’); «*Non est meum, si mugiat Africis / malus procellis, ad miseris preces / decurrere et votis pacisci*» (Horacio, *Odas*, III; 29, vv. 57-59, ‘No me compete a mí, cuando el mástil da bramidos bajo el azote del áfrico, rebajarme a lastimeras súplicas y negociar la calma a cambio de votos’); «*Iipse gubernator tollens ad sidera palmas, / Exposcit votis inmemor artis opem*» (Ovidio, *Tristes*, I, XI, vv. 21-22, ‘Incluso el piloto, con las manos elevadas hacia el cielo, olvida su ciencia y con sus votos implora la ayuda de los dioses’); «*In vota miseros ultimus cogit timor*» (Séneca, *Agamenón*, v. 510, ‘Un terror extremo obliga a los desdichados a expresar sus votos’). El tópico es muy frecuente en la literatura posterior: «*Dolor: Magno naufragio vexatus sum. Ratio: Didicisti Deum orare, vota que facere, et pacisci multa, quorum etsi metus causa fuit, tu tamen agnosce fidem terre redditus. Non impune Deus luditur: odit ille fidefragos*» (Petrarca, *De remediis*, II, 54, ‘Dolor: Muy fatigado he sido del naufragio. Razón: Habrás aprendido a encomendarte a Dios y a hacer votos y a prometer muchas cosas, de lo cual, aunque fue causa el miedo, mas ni por eso te olvidas de cumplir lo prometido ahora que estás en tierra, que no queda sin pena el que engaña a Dios, el cual aborrece a los que quebrantan la promesa’, traducción de Francisco de Madrid); «*Nulla salus, spes nulla viris; in vota precesque / vertuntur*» (Pontano, *Poesie latine*, p. 454, ‘No hay salvación, no hay esperanza para los hombres; se vuelcan en los votos y en las oraciones’); «Or, se mi mostra la mia carta il vero, / non è lontano a disco-

prirsi il porto; / sì che nel lito i voti scioglier spero / a chi nel mar per tanta via m'ha scorto» (Ariosto, *Orlando furioso*, XLVI, I, p. 1268); «Ya comenzamos a enjugar la ropa, / y a encarecer del mar la brava guerra, / y a recantar los votos que hecimos» (Boscán, p. 353; ver también p. 368); «Las galeras [...] / en fin aportan [...] / a Barcelona; do cumplidos / los votos ofrecidos» (Garcilaso, *Égloga II*, vv. 1695-1699, p. 216); «Ma io pur erro in tempestose piagge, / né veggio ancora ove ricovri e scampi, / e co' miei voti il ciel placo ed adoro» (Tasso, *Rime*, núm. 890, p. 821); «cumpla los votos quien con rostro muerto / hizo promesas en el mar airado» (Cervantes, *La Galatea*, en *Poesías completas*, vol. 2, p. 156); «después de haberlo en voto así ofrecido / cuando salí del bravo mar a nado» (Cristóbal de Virués, *El Monserrate*, p. 557); «¿O si será más proprio que el piloto, / cuando luchare con el Euro y Noto, / prometa ronco visitar tu templo?» (Lupercio L. de Argensola, p. 140); «roncas voces y votos / llevando de los míseros pilotos» (Lupercio L. de Argensola, p. 166); «Traes, como suele rico navegante, / lo que votó en mitad de sus fatigas» (Valdivielso, *Vida de San José*, p. 208); «Del impío marinero, ya devoto, / envuelto en voces sube el sentimiento / al cielo, que desprecia, malcontento, / del pasajero humilde el casto voto» (Medrano, p. 209); «El marinero con los remos rotos / ofrece al cielo duplicados votos» (Alonso de Acevedo, *De la creación del mundo*, p. 266); «Ya la culpable dilación se atreve / al sacro voto, religioso y pío, / que se ofreció con miedo en la tormenta / y en tierra agora sin cumplir se cuenta» (Príncipe de Esquilache, *Nápoles recuperada*, p. 293); «te obligas / a fatigar con ruegos los oídos, / tan bien votados cuanto mal cumplidos» (Pedro Espinosa, p. 145); «Lloran los marineros / confirmando sus lágrimas sus votos» (Carrillo de Sotomayor, p. 132); «Miro el inquieto mar como el piloto / que corriendo fortuna el golfo incierto, / a pesar de las ondas toma puerto, / debido a los afectos de su voto» (Villamediana, p. 248; ver también p. 10 y p. 456); «Vivo, a tierra salí; besé la arena, / y los despojos de la oncosa furia / pagué, cumpliendo el voto, al sacro templo» (Arguijo, p. 157). Ver también Quevedo, núm. 7, núm. 32 y núm. 123.

vv. 102-103 *Previno en la bonanza / otros tantos delitos*: El navegante que en medio de los peligros de la tormenta hace votos a Dios o a los santos, los olvidará en cuanto llegue la bonanza, y no sólo eso, sino que los sustituirá por otros tantos delitos. La misma idea se encuentra en *Los sueños*: «¿Qué tempestad no llena de promesas los santos y qué bonanza tras ella no los torna a desnudar, con olvido? ¡Qué de toques de campanas ha ofrecido a los altares la espantosa cara del golfo, y qué dellas ha muerto y quitado de los mismos templos el puerto!» (*OCP*, p. 326) y también en el poema núm. 32: «¡Qué me dictó de votos la tormenta! / ¡Y cuánta mi temor al ponto debe / y a la deidad suprema exclamaciones! / Nunca tierra alcanzara; antes violenta / mi nave errara, pues el puerto breve / olvido trujo a tantas oraciones». Sobre este tema en el contexto general del pensamiento de Quevedo y para su posible conexión con Erasmo, ver Lía Schwartz<sup>25</sup>. En el coloquio de Erasmo titu-

lado *Naufragium*, uno de los interlocutores narra los peligros de su navegación, explicando cómo todos los viajeros, en la hora del peligro, hacían promesas que ya en ese momento no pensaban cumplir. Erasmo critica fundamentalmente esa clase de plegaria que parece pretender negociar con la divinidad; en el pasaje citado de *Los sueños* Quevedo censura sobre todo el pedir a Dios cosas perversas, aunque de paso alude a otro tema: «¡Qué ceguedad de hombres: prometer dádivas al que pedís, con ser la suma riqueza!» (*OCP*, vol. 1, p. 326); sin embargo, en Quevedo lo que se subraya, tanto en el *Sermón estoico* como en los otros textos citados al final de la nota anterior, es cómo el hombre en el peligro muestra una devoción que luego, cuando consigue la seguridad, olvida. El tema constituye todo un *topos* literario: Alonso de Guevara, hablando de las promesas hechas en los peligros de la tempestad, dice: «lo cual todo, y aún mucho más, a cada paso en la mar se hace, y después tarde o nunca en la tierra se cumple» (*Arte de navegar*, p. 341). El tema tiene una de sus fuentes en Luciano de Samosata que, en su *Zeus trágico*, hace decir al propio dios: «Ayer, como sabéis, mientras el armador Mnesiteo celebraba los sacrificios por la salvación de su nave, que estuvo a punto de naufragar en la zona del cabo Cafereo, estábamos de fiesta en el Pireo todos los invitados al sacrificio de Mnesiteo... Yo pensaba en la cicatería de Mnesiteo que, pese a invitar a dieciséis dioses, sacrificó sólo un gallo —para colmo viejo y resfriado—, y cuatro granos de incienso tan enmohecidos que se apagaron al instante sobre las brasas, sin dar ocasión siquiera a percibir el humo con la punta de la nariz —y eso que había prometido hecatombes enteras cuando la nave era arrastrada contra el acantilado, y se hallaba ya en zona de escollos» (*Obras*, vol. 1, pp. 337-38). Ver también el siguiente pasaje del *África* de Petrarca: «*Haud secus ancipiti periurus navita mortem / tempestate timens, ubi iam spes nulla relicta est, / vota deis cumulat pelagi tremulaque tumentem / Neptunum ter voce ciet Thetidisque marine / numen et iratum compellat Nerea ponto: / dona dabit templis, omnein feret ille laborem. / Si redeat tranquilla dies portusque videri / cominus incipiat, sensim mens perfida tuto / atque inconsulti subeant oblivia voti*» (VI, vv. 377-85, 'No de otro modo el perjuro marinero, temiendo la muerte en una peligrosa tempestad, cuando ya no le queda ninguna esperanza, va haciendo voto tras voto a los dioses del mar, y tres veces con voz trémula invoca al tumultuoso Neptuno y a Tetis, la divinidad marina, y apostrofa a Nereo airado sobre el mar: dará ofrendas a los templos, sufrirá todos los trabajos. Pero si vuelve el buen tiempo y el puerto empieza a verse cerca y su corazón pérfido poco a poco va sintiéndose seguro, sus votos irreflexivos serán expuestos al olvido').

v. 104 *con la esperanza contra la esperanza*: Con la esperanza de salvar la vida gracias a sus oraciones y promesas y con la esperanza contradictoria de satisfacer su deseo de riquezas y su ambición una vez que su vida haya salido de peligro. El verso, aunque tenga un significado muy

<sup>25</sup> Ver Schwartz, 1987, pp. 221 y ss.

diferente, es llamativamente parecido a la frase de San Pablo: «*qui contra spem in spem credidit*» (*Romanos*, 4,18).

Este, al sol y a la luna,	105
que imperio dan, y templo, a la Fortuna,	
examinando rumbos y concetos,	
por saber los secretos	
de la primera madre	
que nos sustenta y cría,	110
de ella hizo miserable anatomía.	
Despedazola el pecho,	
rompió las entrañas,	
desangrole las venas,	
que de estimado horror estaban llenas;	115
los claustros de la muerte	
duro solicitó con hierro fuerte.	
¿Y espantará que tiemble algunas veces,	
siendo madre y robada	
del parto, a cuanto vive, preferido?	120
No des la culpa al viento detenido,	
ni al mar por proceloso:	
de ti tiembla tu madre, codicioso.	

En este pasaje, Quevedo censura la búsqueda de metales preciosos en las entrañas de la tierra. El hombre desgarrá así el cuerpo de su madre, de modo que no es extraño que ésta, espantada, tiemble, dando lugar a los terremotos.

v. 106: No entiendo bien por qué el sol y la luna *imperio dan y templo a la Fortuna*. Quizá se trate simplemente de la idea de que según «un dicho muy celebrado de Aristóteles y muy verdadero [...] este mundo inferior se gobierna por los movimientos y alteraciones de las estrellas y cielos, especialmente de la Luna y el Sol» (Huarte de San Juan, p. 399). Así, ambos astros o quizá aquí solamente el sol, daría *imperio a la Fortuna*, la cual sólo tiene poder en el mundo sublunar, por lo que la luna daría *templo* donde ejerce su influencia la diosa Fortuna. En otro lugar, Quevedo dice: «Si mira aquellas dos lumbreras, entre las otras príncipes, que traen y llevan resbalando veloces la noche y el día, y en la vida y la muerte parece que tienen absoluto y mero mixto imperio, que siempre hierven en llamas de majestad augusta, con presunciones espléndidas de Dios» (*Prosa*, p. 1584).

v. 107: Supongo que *rumbos y concetos* son términos de la astrología o de la adivinación que, en este caso, iba encaminada a averiguar en qué lugares de la tierra se escondían los metales preciosos. En el *Quijote* (II, 62) se dice hablando de un encantador y hechicero: «Guardó rumbos, pintó caracteres, observó astros» (II, 62, p. 1135).

v. 109 *La primera madre*: la tierra. Ver «Tutti tornate a la gran madre antica» (Petrarca, *Triumphus mortis*, I, v. 89, p. 242); «Descendamos ya a nuestra común madre, que es la tierra» (Fray Luis de Granada, *Introducción al símbolo de la fe*, p. 224); «Aún no se había atrevido la pesada reja

del corvo arado a abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre» (Cervantes, *Quijote*, I, 11)<sup>26</sup>.

v. 111: El *Diccionario de Autoridades* ilustra con este verso de Quevedo la explicación de la frase *hacer anatomía*: «frase metafórica, que vale tanto como examinar una cosa con particular cuidado y estudio y muy por menor», pero creo que el sentido fundamental del verso no es el metafórico, sino el literal de *anatomía*, es decir, ‘disección’: el hombre, al excavar las minas, destroza y descuartiza el cuerpo de la tierra, como explican los versos siguientes. En este mismo sentido lo emplea Quevedo en otros lugares: «He acudido a vosotros, médicos, para qué veáis de qué suerte se podría explorar, con la anatomía de esta cabeza, la raíz de tan copiosa y mortal pestilencia» (*Prosa*, p. 1010); «Viendo que en el cuerpo vivo del hombre aún no podían conjeturar los principios ciertos del motín de los humores [...] se valieron de la piadosa crueldad de la anatomía» (*Prosa*, p. 1616). Ver también: «Es necesario haberlos visto y conocido, y haber hecho anatomía en algunos cuerpos difuntos» (Pedro Mejía, *Diálogos o Coloquios*, p. 242); «Cual [...] le atormenta y hace mil pedazos [...] / haciendo de él curiosa anatomía» (Cristóbal de Virués, *El Monserrate*, p. 560); «No se vio tan sangriento sacrificio / ni tan extraña y cruda anatomía / como los fieros bárbaros hicieron / en dos mil y quinientos que murieron» (Ercilla, *Araucana*, VI, 34); «Reconocí a Galeno, haciendo anatomía de algunos cuerpos humanos» (Saavedra Fajardo, *República literaria*, p. 122).

v. 114: Juego de palabras con la palabra *venas*, que aquí significa las vetas o filones del mineral, pero que a su vez son «sangradas» como la venas del cuerpo, al igual que en el poema 136: «sangras las venas del metal luciente» (v. 28). El mismo equívoco aparece en Bernardo de Balbuena: «Que hoy a España tributa y da barata / la sangre de sus venas vuelta en plata» (*El Bernardo*, p. 331).

v. 115 *Estimado horror*: perífrasis por «oro», paralela a las del poema 136: «dulce desvelo», «peligro precioso», «pobreza disfrazada», «ponzoña dorada» (vv. 42-45).

vv. 116-17: Sobre el tema de que la búsqueda de los metales en las profundidades de la tierra supone penetrar en la morada de los muertos, ver nota a los vv. 17-20. La misma idea de este pasaje aparece en Pedro Espinosa: «Tal hay que anhela al oro forastero, / prófugo en desterrados horizontes, / encorvado a la tierra con acero, / humeando sudor, desnudo Brontes. / Para premiar deseos de heredero / turba la paz al seno de los montes, / en hondos arrabales del Averno, / más que del sol, vecinos del Infierno» (p. 143). El verbo *solicitar* en su sentido habitual de «pretender o buscar alguna cosa con diligencia y cuidado» (*Autoridades*) no parece que se pueda construir con un complemento directo como *los claustros de la muerte*, que no se refiere al objeto buscado sino al lugar donde se busca. Creo que acierta Alfonso Rey (*Polimnia*, p. 332) cuando señala como fuente de este uso de *solicitó* el siguiente

<sup>26</sup> Sobre este tema en la cultura antigua, ver Riol, 1969.

verso de Virgilio: «*sollicitanda tamen tellus*» (*Geórgicas*, II, 418, ‘y sin embargo se ha de remover, o atormentar a la tierra’). Hay que interpretarlo pues como latinismo semántico con el sentido de ‘perturbar’, tal como Quevedo usa esta palabra en otros lugares: «No solicito el mar con remo y vela» (núm. 12, v. 81), calcado sobre «*Sollicitant alii remis freta caeca*» (*Geórgicas*, II, 503). En otro poema, Quevedo parece traducir la misma frase diciendo: «Tú, que la paz del mar, ¡oh navegante!, / molestas, codicioso y diligente» (núm. 445, vv. 1-2).

vv. 118-20: La tierra tiembla, en los terremotos, como quejándose de ser robada por el hombre, su hijo predilecto, es decir, *el parto preferido a cuanto vive*. La idea, como señala Alfonso Rey (*Polimnia*, p. 332) proviene de Plinio: «*Persequimur omnes eius fibras vivimusque super excavatam, mirantes dehiscere aliquando aut intremescere illam, ceu vero non hoc indignatione sacrae parentis exprimi possit*» (XXXIII, I, 1, ‘Rastreamos todas sus fibras y vivimos sobre los huecos que hemos excavado en ella, admirándonos de que a veces se abra y tiemble, como si no fuera posible que esto expresara la indignación de nuestra sagrada madre’). Estas frases de Plinio se continúan inmediatamente en la que citamos en la nota 17-20.

vv. 121-23: Alude, de una manera general, a las dos explicaciones más comunes que se daban en la Antigüedad acerca de la causa de los terremotos. Según Tales de Mileto, la tierra se sostiene sobre el mar como una nave que a veces se bambolea a causa de movimiento de las aguas. Otros explican los terremotos por la fuerza de las aguas subterráneas, que forman en las profundidades de la tierra una especie de mar interior. Más extendida estaba la explicación basada en el «viento detenido», según la cual el aire acumulado en el subsuelo buscaba una salida, rompiendo violentamente la corteza terrestre. Es la hipótesis defendida por Aristóteles en *Meteoros*, 366a. Para todo este tema, véase Séneca, *Cuestiones naturales*, VI.

Juntas grande tesoro,	
y en Potosí y en Lima	125
ganas jornal al cerro y a la sima.	
Sacas al sueño, a la quietud, desvelo;	
a la maldad, consuelo;	
disculpa, a la traición; premio, a la culpa;	
facilidad, al odio y la venganza,	130
y, en pálido color, verde esperanza,	
y, debajo de llave,	
pretendes, acuñados,	
cerrar los dioses y guardar los hados,	
siendo el oro tirano de buen nombre,	135
que siempre llega con la muerte al hombre;	
mas nunca, si se advierte,	
se llega con el hombre hasta la muerte.	

v. 125: *Potosí* y *Lima* eran las ciudades más importantes y pobladas de la América Hispana en tiempos de Quevedo.

v. 126: Es curioso este uso de la expresión *ganar jornal*: habría que interpretar que cada día saca algo de riqueza del cerro y de la sima. *Al cerro*: las minas más importantes del Potosí estaban en el llamado Cerro Rico, que se convirtió en un símbolo proverbial de riqueza y que dio lugar a la frase «vale un Potosí». Ver: «Más rinde el monte Vesubio en sus vertientes que el cerro del Potosí en sus entrañas, aunque son de plata» (Saavedra Fajardo, *Empresas políticas*, p. 485).

vv. 127-31: Creo que todos los elementos de la serie son metáforas que se refieren a un mismo significado: «oro» o «riquezas». Así, el oro es ‘desvelo o perturbación del sueño y de la quietud’, ‘consuelo de la maldad’, ‘disculpa de la traición’, ‘premio de la culpa’, ‘facilidad para el odio y la venganza’, pues es medio que facilita el que el odio y la venganza consigan sus objetivos y ‘esperanza, no de color verde, sino amarillo’. Blecua interpreta esta última frase como alusiva a la extracción de esmeraldas, pero entonces resulta difícil entender la palabras *en pálido color*. Creo que se trata igualmente del oro, el cual es esperanza de los mortales y, como tal esperanza, verde, sólo que ese color simbólico está oculto bajo *pálido color*, bajo el amarillo no simbólico sino real del oro.

vv. 132-34: El sentido del texto se aclara a partir de una frase de *El Satiricón* (p. 366) que parece la fuente de estos versos:

*Quisquis habet nummos, secura navigat aura  
fortunamque suo temperat arbitrio [...]  
Quod vis nummis praesentibus opta,  
et veniet. Clausum possidet arca Jovem.*

Quevedo cita este pasaje de Petronio en su *Anacreón castellano*<sup>27</sup> y ofrece la siguiente traducción:

El que tiene dineros, con buen viento  
navega, porque compra la bonanza,  
y a su albedrío tiembla la fortuna.  
El dinero en la mano, cualquier cosa  
desea: que ella vendrá, porque el gran Jove  
tiene en el arca, a su mandar cerrado.

Hay en la prosa de Quevedo algunas expresiones semejantes. En los *Sueños*, Seyano dice: «Mi ruina empezó desde que quise prevenir todos los hados, quitar a la Fortuna el poder, burlar sus diligencias a la providencia de Dios» (*OCP*, vol. 1, p. 519); véase también: «yo cierro los hados de mi casa: más miserable porque muero el último» (*Controversias de Séneca*, p. 234)<sup>28</sup>.

vv. 135-38: Parece que hay aquí un juego de palabras. La primera de las dos frase debe de significar ‘trae la muerte al hombre, le produce la

<sup>27</sup> Ver *OP*, vol. 4, p. 330.

<sup>28</sup> Ver Plata, 2001.

muerte’ y la segunda ‘nunca nos acompaña hasta la muerte, sino que nos abandona antes’.

Sembraste, ¡oh tú, opulento!, por los vasos,  
 con desvelos de la arte, 140  
 desprecios del metal rico, no escasos;  
 y en discordes balanzas,  
 la materia vencida,  
 vanamente podrás después preciarte  
 que induciste en la sed dos destemplanzas, 145  
 donde tercera, aún hoy, delicia alcanzas.  
 Y a la Naturaleza, pervertida  
 con las del tiempo intrépidas mudanzas,  
 transfiriendo al licor en el estío  
 prisión de invierno frío, 150  
 al brindis luego el apetito necio  
 del múrrino y cristal creció así el precio:  
 que fue pompa y grandeza  
 disipar los tesoros  
 por cosa, ¡oh vicio ciego!, 155  
 que pudiese perderse toda, y luego.

Este pasaje es una diatriba contra el uso de copas lujosas en los banquetes, tema que procede de la literatura latina. Los moralistas clásicos hablan en tono de censura de copas talladas en piedras preciosas, de copas incrustadas con gemas o perlas y de otras hechas de cristal de roca o también de un material que los antiguos llamaban murra; estos «vasos múrrinos» eran un lujo especialmente apreciado. «*Illa hoc unum iube, sitim extingui; utrum sit aureum poculum an crustallinum an murreum an Tiburtinus calix an manus concava, nihil refert*» (Séneca, *Cartas a Lucilio*, CXIX, 3, ‘Ella sólo quiere una cosa: apagar la sed. Poco importa que sea con un vaso de oro, o de cristal, o de piedra múrrina o con una copa de Tívoli o en el cuenco de la mano’); «*Omnes iam mulos habent, qui crustallina et murrina et caelata magnorum artificium manu portent*» (Séneca, *Cartas a Lucilio*, CXXIII, 7, ‘Ya todo el mundo tiene mulos para llevar sus cristales, sus vasos múrrinos, su vajilla cincelada por grandes artistas’). Ver también Propercio, IV, V, v. 26; Estacio, *Silvas*, III, 4, vv. 57-59. González de Salas remite en nota a una frase de la *Historia Natural* de Plinio, sobre la cual volveremos. Pero aunque en líneas generales el tema del pasaje se muestra con claridad, hay muchos puntos de detalle que me resultan sumamente oscuros. Las explicaciones que siguen son sólo una tentativa bastante insegura.

vv. 139-41: Dirigiéndose al rico, el sujeto poético le dice que ‘sembró en los vasos muchos desprecios del metal rico, con desvelos del arte’. Se me ocurre pensar que los desprecios del metal rico son las gemas y las perlas, incrustadas en el metal de las copas, recordando la idea de Plinio (XXXIII, 5) de que el lujo en las copas ha llevado a despreciar ya el oro y la plata: «*Turba gemmarum potamus [...] Aurum iam accessio est*» («Be-

bemos en una multitud de piedras preciosas [...] El oro es ahora un mero accesorio»).

vv. 142-43 *en discordes balanzas / la materia vencida*: *materia* está contrapuesto aquí a *arte*, del verso 140. Aunque la materia es muy valiosa, el trabajo del artífice es aún más valioso, de acuerdo con la frase de Ovidio «*materiam superabat opus*» (*Metamorfosis*, II, v. 5). En Marcial hay una frase parecida: «*materiae non cedit opus*», lib. VIII, L, v. 7, referida precisamente a una copa ricamente cincelada. La frase de Ovidio fue muy imitada en la literatura posterior: «Como en el oro muy fino labrado por la mano del sutil artífice la obra sobrepuja a la materia» (*Celestina*, I, p. 80); «Que, se a rica matéria não faltava, / A obra, de mais rica, sobejava» (Camões, *Lírica*, p. 240); «Fermàr ne le figure il guardo intento, / ché vinta la materia è del lavoro» (Tasso, *Gerusalemme liberata*, XVI, 2); «En un trono, del suelo levantado, / do el arte a la materia se adelanta» (Cervantes, *Viaje del Parnaso*, p. 139); «Las que dio la lisonja a sus mentiras / porque excediera a la materia el arte» (Lope, *Obras poéticas*, p. 864). *En discordes balanzas*, en balanzas uno de cuyos platillos, el del arte, pesa mucho más que el otro, el de la materia.

vv. 144-46: No estoy nada seguro de entender correctamente estos versos. No sé a quien se dirige el verbo en segunda persona, pues parece que tiene que ser el *opulento* del verso 139, pero *tercera* requiere que este sujeto sea femenino. Las *dos destemplanzas* introducidas en la sed por el rico pudieran ser la de la soberbia y la de la avaricia a la que se añade la *tercera*, es decir, el deseo de beber propiamente dicho. En todo caso, el verso 146 sigue pareciéndome oscuro.

vv. 147-48: *Las intrépidas mudanzas del tiempo, que pervierten a la naturaleza* pueden aludir al origen del cristal de roca y de la murra, pues se decía que el cristal de roca procedía de un agua helada a bajísimas temperaturas, tal como explican Séneca en *Cuestiones naturales* (III, 25, 12) y Plinio (XXXVII, VIII, 23), mientras que la materia de los vasos murrinos «*umorem sub terra putant calore densari*» (Plinio, XXXVII, VIII, 21, 'algunos creen que se trata de un humor que solidifica bajo tierra por la acción del calor'). Sobre este tema, véanse las observaciones de Fernando de Herrera, comentando el verso 74 de la primera elegía de Garcilaso (p. 582).

vv. 149-50 *Transfiriendo al licor en el estío / prisión de invierno frío*: los vasos de cristal de roca se usaban para bebidas frías (Plinio, XXXVII, XI, 30). La prisión del invierno frío es la nieve o el hielo que se conservaba para enfriar las bebidas en las épocas de calor. También los moralistas latinos criticaron esta costumbre, que luego reapareció en la España de Quevedo. «*Hi nives, illi glaciem potant, poenasque montium in voluptatem gulae vertunt. Servatur rigor aestibus excogitaturque ut alienis mensibus nix algeat*» (Plinio, XIX, 19, 55, 'Algunos beben nieve, otros hielo, y transforman lo que es la calamidad de las montañas en placer para su apetito. El frío es conservado contra el tiempo caliente y se excogitan medios para mantener la nieve fría durante los meses que son extraños a ello').

Sobre el uso de la nieve en el siglo XVII para enfriar el agua y el vino, ver Deleito y Piñuela<sup>29</sup>. Cuando esto se puso de moda en España, fue igualmente criticado: «Que nuestros padres [...] se contentaban en invierno con el frío común del tiempo, y en verano con ponerlo al sereno. y no había los extremos de agora ni las invenciones de los salitres ni nieves, ni los pozos y sótanos buscados en el infierno, de lo cual creo que vienen los pasmos y flaquezas de estómago» (Pedro Mejía, *Diálogos o Coloquios*, p. 349); «La nieve [...] / de las cumbres que el sol le deja ilesas / baje a darnos, con ocio o con estruendo, / júbilo todo el año a nuestras mesas» (B. L. de Argensola, I, p. 87).

vv. 151-52: Hay un violento hipérbaton, que habrá que deshacer así: ‘el apetito necio hizo crecer así el precio al brindis [al hecho de beber] del múrrino y cristal [es decir, en copas hechas de estos materiales]’.

*Múrrino*: Plinio dice que en la época de Pompeyo se empezó a extender en Roma el uso de vasos de este material, que era considerado muy lujoso. «Esta denominación se aplica especialmente a objetos fabricados con una roca llamada *murra*, que se identifica generalmente con el espatoflúor; se aplica también a copas de vidrio fabricadas en Alejandría en la época helenística mediante una técnica especial; se aplica asimismo a una imitación de esas copas de vidrio hecha en Alejandría» (Plinio, *Lapidario*, p. 147, nota 34). Aunque ya no se fabricaran vasos de este material, siguen apareciendo en la poesía del Siglo de Oro: «En el plebeyo barro mal tostado, / hubo ya quien bebió tan ambicioso / como en el vaso múrrino preciado» (*Epístola moral a Fabio*, vv. 175-77).

vv. 153-56: Se dice irónicamente que fue pompa gastar mucho dinero en algo que se rompe tan fácilmente. La idea procede de Plinio, tal como señala González de Salas: «*Murrina ex eadem tellure et crystallina effodimus, quibus pretium faceret ipsa fragilitas. Hoc argumentum opum, haec vera luxuriae gloria existimata est, habere quod posset statim perire totum*» (XXXIII, II, 5, ‘De la misma tierra sacamos provisiones de piedra múrrina y cristal de roca, cosas cuya mera fragilidad las volvía costosas. Acabó siendo la prueba de la riqueza, la verdadera gloria del lujo, poseer algo que pudiera ser destruido en un momento’).

Tú, Clito, en bien compuesta	
pobreza, en paz honesta,	
cuanto menos tuvieres,	
desarmarás la mano a los placeres,	160
la malicia a la envidia,	
a la vida el cuidado,	
a la hermosura lazos,	
a la muerte embarazos,	
y en los trances postreros,	165
solicitud de amigos y herederos.	
Deja en vida los bienes,	
que te tienen, y juzgas que los tienes.	

<sup>29</sup> Deleito y Piñuela, «Las bebidas frías», 1953, pp. 162-66.

Y las últimas horas  
 serán en ti forzosas, no molestas, 170  
 y al dar la cuenta excusarás respuestas.

Frente a la condena de las riquezas que ocupa los versos 86-156, ahora el sujeto poético se vuelve de nuevo a su interlocutor, Clito, encareciéndole las bondades de la vida modesta.

vv. 159-66: La estructura sintáctica de este período depende del verbo *desarmarás*. Gracias a la pobreza, *desarmarás la mano a los placeres* (v. 160), es decir, les quitarás su poder para tentar al hombre; desarmarás o quitarás malicia a la envidia (pues al pobre nadie se la tiene); desarmarás lazos a la hermosura (pues el pobre no es objeto de las asechanzas y engaños o *lazos* de la hermosura femenina), quitarás *embarazos* a la muerte, pues al pobre le duele menos el morir, ya que no tiene que separarse de nada valioso en este mundo; y cuando estés muriéndote, te quitarás de encima la *solicitud de amigos y herederos*, que no rodearán tu lecho de muerte interesados por lo que puedas dejarles en herencia.

vv. 167-68 *Deja en vida los bienes*, abandona tus riquezas o vive desinteresándote de ellas. La idea de que el rico cree que tiene posesiones, pero en realidad éstas le poseen a él, aparece varias veces en Séneca: «*Quisquis vestrum tutam agere vitam volet, quantum plurimum potest, ista viscata beneficia devitet, in quibus hoc quoque miserrimi fallimur; habere nos putamus, haeremus*» (*Cartas a Lucilio*, VIII, 3, 'Cualquiera de vosotros que quiera llevar una vida segura, evite cuanto pueda estos pegajosos beneficios, a causa de los cuales caemos miserablemente en esto: creemos tener y estamos cogidos'). Sierra de Cózar<sup>30</sup> señala este otro ejemplo: «*Nam quod ad illos pertinet, apud quos falso divitiarum nomen invasit occupata paupertas, sic divitias habent, quomodo habere dicimur febrem, cum illa nos habeat. Et contrario dicere solemus: febris illum tenet. Eodemmodo dicendum est: divitiae illum tenent*» (Séneca, *Cartas a Lucilio*, CXIX, 12, 'Porque, en cuanto a aquellos en quienes una trabajosa pobreza ha usurpado falsamente el nombre de riquezas, tienen las riquezas de la misma manera que nosotros decimos que tenemos fiebre, cuando ella es la que nos tiene. Igualmente se ha de decir: lo tienen cogido las riquezas').

Diógenes Laercio cita esta idea, atribuyéndosela a Bión; Valerio Máximo (IX, 4) se la aplica a Ptolomeo, rey de Chipre; San Ambrosio la dice en *De Nabuthe* (XV, col. 751) y San Agustín en su carta CLVII (p. 416). En *De Remediis*, Petrarca hace decir al gozo: «*Divitias habeo ingentes*» y responde la razón: «*Vide ne potius habere, hoc est ne non divitiis tue sint, sed tu illarum neque ille tibi serviant, sed tu illis*» (I, 53, p. 264, 'Poseo grandes riquezas'; 'Procura más bien no ser poseído, es decir, que las riquezas no sean tuyas sino tú de ellas, de manera que no te sirvan a ti, sino tú a ellas'). «Más son los poseídos por las riquezas que no los que las poseen», dice Rojas en un pasaje tomado de Petrarca (*Celestina*, IV, p. 120); «Esotro, en tanto que tiene de ellas algo con voluntad asida, no

<sup>30</sup> Ver Sierra de Cózar, 1992, p. 436.

tiene ni posee nada, antes ellas le tienen poseído a él el corazón» (San Juan de la Cruz, *Subida al monte Carmelo*, 3, 20, 3, p. 604); «Meno ha chi piú n'abonda / e posseduto è piú che non possede» (Guarini, *Il pastor fido*, p. 67). Quevedo repite esta idea, tanto en prosa como en verso<sup>31</sup>.

vv. 169-71: La hora de la muerte será *forzosa*, pues lo es para todo hombre, pero no se le añadirá la 'molestia' de abandonar las riquezas. *Al dar la cuenta* de tu vida ante el tribunal de Dios, habrá algunas respuestas que no habrás de dar, pues no se te harán las preguntas relativas al uso de las riquezas.

Fabrica el ambicioso	
ya edificio, olvidado	
del poder de los días;	
y el palacio, crecido,	175
no quiere darse, no, por entendido	
del paso de la edad sorda y ligera,	
que, fugitiva, calla,	
y en silencio mordaz, mal advertido,	
digiere la muralla,	180
los alcázares lima,	
y la vida del mundo, poco a poco,	
o la enferma o lastima.	

Se habla aquí del rico que construye una lujosa mansión olvidando que nada es eterno y que el edificio está siendo desde el inicio desgastado por el tiempo.

vv. 172-74 'El ambicioso, olvidado del poder que tiene el tiempo para destruirlo todo, construye un edificio'. Alfonso Rey recuerda unos versos de Horacio: «*Tu secanda marmora / locas sub ipsum funus et sepulchri / inmemor struis domos*» (*Odas*, II, XVIII, 17-19, 'Tú mandas cortar los mármoles cuando estás cercano a la muerte y, sin acordarte del sepulcro, levantas edificios').

v. 173: No entiendo bien el uso del adverbio *ya*. Con frecuencia en la poesía del Siglo de Oro se usa con el significado del «già» italiano: 'en tiempos, alguna vez': «Ya yo de mí te vide tan contento» (Diego Hurtado de Mendoza, p. 345); «y los sulcos, que ya criaban trigo, / de avena y grama estéril se cubrieron» (Fray Luis de León, *Poesías completas*, p. 228); «El Águila que ya séptimo sello / quitar vio al libro» (Lope, *Obras poéticas*, 509).

v. 175 *crecido*: «se toma también por grande o magnífico» (*Aut.*).

v. 176: Hay aquí una ambigüedad sintáctica. Si se acepta la acepción de *crecido* y se suprimen las comas que pone Blecua, el sujeto que *no quiere darse por entendido* es el palacio. Pero también podría ser: 'el ambicioso que, una vez crecido o alzado su palacio, no quiere darse por entendido'.

vv. 177-79: El tiempo que pasa es silencioso, cualidad a la que Quevedo alude cuatro veces: la edad es *sorda* (es decir, por hipálage, no se

<sup>31</sup> Ver Balcells, 1981, pp. 328 y ss.

la oye transcurrir); *calla* y hace su obra *en silencio*, silencio que, además, es *mal advertido*, es decir, que no se nota, que no se percibe.

v. 179 *silencio mordaz*: mordaz en su antiguo sentido material de «corrosivo y que tiene acrimonia o actividad para gastar, como mordiendo de él» (*Aut.*), como cuando Ovidio habla del «*tempus edax rerum*» (*Metamorfosis*, XV, 234, ‘el tiempo devorador de las cosas’). El adjetivo se aplica mediante hipálage a *silencio*, pero por el sentido se refiere al *paso de la edad*. Rutilio aplica la expresión del «*tempus edax*» a las construcciones y edificios: «*grandia consumpsit moenia tempus edax*» (I, 409, ‘el tiempo voraz consume grandes murallas’).

vv. 180-81: Del sentido material de *mordaz* (v. 179) se produce la imagen del tiempo que *digiere* y *lima*.

v. 182 *la vida del mundo*: la misma expresión aparece en el soneto núm. 10: «Devanan sol y luna, noche y día, / del mundo la robusta vida» (vv. 9-10).

Los montes invencibles	
que la Naturaleza	185
eminentes crió para sí sola,	
paréntesis de reinos y de imperios,	
al hombre inaccesibles,	
embarazando el suelo	
con el horror de puntas desiguales,	190
que se oponen, erizo bronco, al cielo,	
después que les sacó de sus entrañas	
la avaricia, mostrándola a la tierra,	
mentida en el color de los metales,	
cruda y preciosa guerra,	195
osó la vanidad cortar su cimas	
y, desde las cervices,	
hender a los peñascos las raíces;	
y erudito ya el hierro,	
porque el hombre acompañe	200
con magnífico adorno sus insultos	
los duros cerros adelgaza en bultos;	
y viven los collados	
en atrios y en alcázares cerrados,	
que apenas los cubría	205
el campo eterno que camina el día.	

En relación con la imagen anterior de la tierra socavada para la búsqueda de metales preciosos, se habla ahora de las ofensas que el hombre ocasiona a las montañas para sacar piedra con que edificar sus casas y adornarlas con estatuas. La idea, al igual que varias expresiones concretas, procede del inicio del libro XXXVI de Plinio.

La condena del uso de la piedra para las mansiones de los ricos y por lo tanto del rebajamiento de los montes aparece en textos anteriores. Censurando la riqueza y el lujo y, en general, la corrupción de las costumbres, dice Salustio en *La conjuración de Catilina*: «*Nam quid ea memo-*

*rem, quae nisi eis qui videre nemini credibilia sunt, a privatis compluribus subvorsos montis, maria constrata esse?*» (cap. 13, p. 24, ‘Y ¿para qué recordar aquello que no puede creer sino el que lo ha visto, los montes echados abajo y los mares terraplenados por tantos simples particulares?’).

vv. 184-86: Según dice Plinio, todo lo ha creado la naturaleza para beneficio del hombre, salvo una cosa: «*Montes natura sibi fecerat*» (XXXVI, I, 1).

v. 184 *Invencibles*: «*Caedimus hos [...] quos transcendisse quoque mirum fuit*» (Plinio, XXXVI, I, ‘Cortamos a aquellos [...] atravesar los cuales fue considerado en otros tiempos como cosa admirable’).

v. 186 *eminentes*: altos.

v. 187: Los montes sirven como frontera entre los pueblos. La idea también procede de Plinio: «*evelimus ea quae separandis gentibus pro terminis constituta erant*» (XXXVI, I, 2, ‘arrancamos lo que había sido alzado como frontera para separar a los pueblos’).

v. 190 *desiguales*: informes, abruptas, excesivas: «Sin otra cosa desagradable en su persona que la grandeza desigual de sus miembros» (Lope, *La Arcadia*, p. 94); «Estas ya de la edad canas ruinas / que aparecen en puntas desiguales» (Rioja, p. 200); «Y las puertas triunfales, / que tanta vanidad alimentaron, / hoy ruinas desiguales [...] / amenazan donde antes admiraron» (Quevedo, núm. 137, vv. 72-77).

v. 191 *bronco*: en su significado material de ‘áspero, tosco, informe’, que en la poesía del Siglo de Oro se aplica repetidamente a las piedras o a las rocas: «Como suele el Nilo / formar pedazos de peñascos broncos» (Lope de Vega, *Obras poéticas*, p. 733); «Vestiglos son los troncos, / voces me dan en los peñascos broncos» (Mira de Amescua, *El amparo de los hombres*, jornada III); «Por aqueste desierto / de solo fieras y peñascos broncos» (Pérez de Montalbán, *Hijo del Serafín, San Pedro de Alcántara*, jornada I); «Vense abrazar entre peñascos broncos, / con maridaje fiel sierpes o troncos» (Jáuregui, *La Farsalia*, VI, 14).

vv. 192-96: ‘Después de que la avaricia les sacó de sus entrañas (a los montes) y expuso a la luz (*mostrándola a la tierra*) una cruda y preciosa guerra (es decir, la riqueza), guerra disimulada bajo el aspecto de los metales preciosos (*mentida en el color de los metales*), la vanidad se atrevió a cortar las cimas de los montes’.

v. 197 *cervices*: metáfora por *cimas*, probablemente relacionada con la idea de doblegamiento del monte al poder del hombre, a partir de expresiones como «bajar o doblar la cerviz» y otras semejantes.

v. 199 *erudito*: «sabio, hábil. Se refiere a los que cortan y trabajan el mármol que se ve en los atrios y alcázares del verso 204»<sup>32</sup>.

v. 201 *insultos*: en un sentido muy diferente del actual: «Acometimiento violento o improviso, para hacer daño [...] Se toma también por el efecto o daño ocasionado por el insulto» (*Autoridades*).

Ver, por ejemplo: «Quien que a las nobles dueñas deshonraban / y forzaban las hijas recogidas, / haciendo otros insultos y maldades» (Er-

<sup>32</sup> Ver Quevedo, *Poemas escogidos*, ed. Blecua, p. 110.

cilla, XXXIV, 50, p. 910); «[El avaro vea] sus riquezas descubiertas / con llave falsa o con violento insulto» (L. L. de Argensola, p. 52); «Los grandes sacrilegios, los insultos, / de esta canalla apóstata, inhumana» (Gaspar Aguilar, p. 216). El término aparece con cierta frecuencia en la prosa de Quevedo: «No me dio la privanza mi obediencia diligente, sino el entender él que yo sería partícipe de sus insultos, séquito de sus locuras y aumento de sus adulaciones» (*OCP*, vol. 1, p. 512); «El horror de este insulto y la voz lastimosa de esta bestialidad desenfrenada» (*Prosa*, p. 795); «todos los que tan execrable, ignominioso y aborrecible insulto perpetraron, los vio el mundo acabar violenta y atrozmente» (*Prosa*, p. 1027-8). Aquí, en el *Sermón estoico*, los *insultos* son las mansiones construidas con la piedra extraída de las montañas, insultos que serán acompañados por el *magnífico adorno* de las estatuas, también hechas de piedra.

v. 202: 'los duros cerros, las piedras, las convierte en estatuas'. Las esculturas son uno de los elementos canónicos del lujo en la poesía latina. El sujeto de la oración es *el hierro* del verso 199. *Adelgaza*: este verbo no tenía el sentido actual de 'enflaquecer', y podía aplicarse a diversos objetos, pero no al cuerpo humano. Según el *Diccionario de Autoridades*, que pone como ejemplo estos versos de Quevedo, significa «atenuar o sutilizar, como una tabla, una hoja, o lámina de cobre, o el hilo que se hila en la rueca».

*Bultos*: 'estatuas': «como se puede bien conocer en los bultos antiguos de mármol y de bronce que en nuestros días se ven» (Castiglione, *El cortesano*, trad. de Boscán, p. 143); «que los dorados bultos / más doctos y más cultos / lisonja muerta son sin movimiento» (Quevedo, núm. 289, vv. 13-15).

vv. 203-204: Los collados, convertidos ahora en esculturas, viven en atrios y en alcázares cerrados, cuando antes eran dueños del espacio libre.

vv. 205-206: El antecedente de *que* es *collados*. Antes de ser convertidos en esculturas, a los collados sólo los cubría el cielo, es decir *el campo eterno que camina el día*, 'el campo que atraviesa el sol cada día'. Para encarecer la grandeza de los montes dice que antes 'a duras penas' los cubría el cielo.

Desarmaron la orilla, desabrigaron valles y llanuras y borrarón del mar las señas duras; y los que en pie estuvieron,	210
y eminentes rompieron la fuerza de los golfos insolentes, y fueron objeción, yertos y fríos, de los atrevimientos de los ríos, agora navegados,	215
escollos y collados, los vemos en los pórticos sombríos, mintiendo fuerzas y doblando pechos, aún promontorios sustentar los techos. Y el rústico linaje,	220

que fue de piedra dura,  
vuelve otra vez viviente en escultura.

Este pasaje repite el tema del anterior: los peñascos son ahora las estatuas que sostienen los techos en las fachadas de las mansiones.

v. 209 *las señas duras del mar* no pueden ser los peñascos que sobresalen de la aguas, pues no se suele sacar piedra de ellos, sino los que sirven como guía a los navegantes. A no ser que la frase signifique ‘límite del mar’, frontera que las aguas no pueden traspasar. Los versos posteriores nos inclinan hacia esta segunda posibilidad.

vv. 211-12: Según Plinio los montes existen «*ad fluminum impetus domandos fluctusque frangendos*» (XXXVI, I, 1, ‘para domar el ímpetu de los ríos y para romper las olas’).

v. 212 *golfos*: aquí mares, en general. (Ver los comentarios realizados al v. 23).

v. 213 *Yerto* es un latinismo bastante frecuente en el lenguaje literario de la época. Lapesa lo señala como típico del vocabulario de Herrera, con el significado de ‘erguido’ («*erectus*»)<sup>33</sup>; así, este poeta dice de Faetón que fue «del fiero rayo muerto en yerta vía» (p. 646) y también habla «del árbol que más yerto se sublima» (p. 258) o dice que el malvado va «con yerto cuello y corazón ufano» (p. 377). Cristóbal de Virués dice «llegó del yerto monte a la alta cumbre» (p. 546); Francisco de la Torre habla del «yerto monte» (p. 150) y Arguijo del «monte yerto y frío» (p. 95). Quevedo emplea la palabra en el *Poema heroico a Cristo resucitado*, en unos versos que dicen: «Empero, si al remedio del pecado / dispuso eterno amor yerto camino» (vv. 33-34). En este último caso creo que se trata de un italianismo, pues la palabra se aplica con frecuencia, en textos literarios italianos, a «camino», con el sentido de «escarpado» o «difícil»: «Prego m’ammezzi l’alta e erta via» (Miguel Angel, p. 331); «Forse il Signor... / non vuol... al sentier erto... / condurmi» (Vittoria Colonna, en Ferroni, p. 208); «ma per via sacra faticosa ed erta / drizzò celeste amore i tuoi vestigi» (Tasso, *Rime*, núm. 908, p. 831). En el mismo sentido parece usarla Pedro Laínez: «Yo, que en tan peligrosa, yerta vía, / la estrecha y alta senda voy dudando» (p. 94). Podemos pues interpretar *yertos* como ‘altos’, aunque aquí quizá podría ser más apropiado el sentido de ‘escarpados’.

vv. 215-16 *agora navegados, / escollos y collados*: me parece que lo que quiere decir Quevedo en estos versos enigmáticos es que los bloques de piedra arrancados de los montes, a los que hiperbólicamente llama *escollos y collados* son *navegados*, es decir, transportados en barcos de un lugar a otro. Creo que Quevedo está traduciendo la frase de Plinio que dice: «*per fluctus [...] huc illuc portantur iugæ*» (XXXVI, I, 2, ‘por las olas son llevadas de aquí para allá las cimas de las montañas’).

vv. 217-19 Se refiere a esas esculturas de las que habla también Dante en el círculo primero del purgatorio, que parecen sostener, con gestos

<sup>33</sup> Ver Lapesa, 1983, p. 329.

de cansancio, los techos de un edificio: «Come per sostentar solaio o tetto, / per mensola tal volta una figura / si vede giugner le ginocchia al petto» (*Purgatorio*, X, vv. 130-32). Uno de los sentidos de *promontorio* es el de una masa que avanza y sobresale, lo que lleva a Quevedo a llamar burlescamente a la nariz de una dama «promontorio de la cara» (núm. 684, II, p. 259). Aquí las esculturas que sobresalen del edificio son, por ello, *aún promontorios*, como lo fueron antes de ser esculpidas.

vv. 220-22: González de Salas anota: «Alude al origen de los hombres después del diluvio de Deucalión y Pyrrha, a que también aludió arriba: el hombre, de las piedras descendiente». Claro que en el verso 48 se habla de los hombres que, según el mito de Deucalión, descienden de las piedras; aquí se habla propiamente de esculturas, pero así como de las piedras surgieron los hombres, aquí de las piedras surgen imitaciones de hombres que casi parecen vivos. Quevedo dice algo parecido en el poema núm. 27: «El escultor a Deucalión imite / cuando anime las piedras de su casa».

Tú, Clito, pues le debes  
a la tierra ese vaso de tu vida,  
en tan poca ceniza detenida, 225  
y en cárceles tan frágiles y breves  
hospedas alma eterna,  
no presumas, ¡oh Clito!, oh, no presumas  
que de la alma casa, tan moderna  
y de tierra caduca, 230  
viva mayor posada que ella vive,  
pues que en horror la hospeda y la recibe.  
No sirve lo que sobra,  
y es grande acusación la grande obra;  
sepultura imagina el aposento, 235  
y el alto alcázar vano monumento.

En contraposición con lo dicho en los versos anteriores acerca de la fastuosidad de palacios y edificios, la idea central de este pasaje es que no hay que edificar mansiones perdurables para alojar un cuerpo perecedero.

vv. 223-24 *Ese vaso de tu vida* es el cuerpo, el cual *le debes a la tierra*, en el doble sentido de que está hecho de tierra y, por lo tanto, su materia se la debes a ella, y también en que deberás devolvérselo a ella para ser enterrado. Ver: «Ella [la tierra] nos cobra, pues nos debemos a ella» (*Epistolario*, p. 424).

v. 225 *En tan poca ceniza detenida*: parece que *detenida* concierne con *vida*, con lo cual debe significar algo así como ‘encerrada’, al igual que en esta otra frase: «el hombre, que tiene alma eterna detenida en barro» (*Política de Dios*, p. 51).

vv. 226-27: Sobre la idea del cuerpo como cárcel del alma, léanse las observaciones de Sigmund Méndez<sup>34</sup>.

<sup>34</sup> Méndez, 2006, pp. 396-98.

vv. 228-31 ‘No pienses que el cuerpo (la casa del alma) haya de vivir en *mayor posada*, en una morada más lujosa o duradera que aquella que él mismo es para el alma’. *Moderna*: supongo que alude a la breve duración de la vida corporal.

v. 232 *pues que en horror la hospeda y la recibe*: el cuerpo hospeda y recibe al alma *en horror*. En el poema núm. 12, «El escarmiento», dice Quevedo del alma humana que «anudada está en la vida, / disimulando horrores / a esta prisión de miedos y dolores» (vv. 104-106).

v. 233: ‘Lo que es inútil debe suprimirse’. Por ejemplo: «¿Puede el rico ocupar del palacio con su cuerpo más que tú con el tuyo? No por cierto. Pues ¿de qué le sirve lo que le sobra?» (*La cuna y la sepultura*, p. 41).

v. 234: ‘El edificio fastuoso es una obra pecaminosa, que acusa a su autor’.

vv. 235-36: ‘Imagínate que la habitación donde vives es una tumba y el palacio un sepulcro’.

Hoy al mundo fatiga,  
hambrienta y con los ojos desvelados,  
la enfermedad antigua  
que a todos los pecados  
adelantó en el cielo su malicia,  
en la parte mejor de su milicia.  
Invidia, sin color y sin consuelo,  
mancha primera que borró la vida  
a la inocencia humana,  
de la quietud y la verdad tirana;  
furor envejecido,  
del bien ajeno, por su mal, nacido;  
veneno de los siglos, si se advierte,  
y miserable causa de la muerte.

240  
245  
250

Desde el verso 238 hasta el 276 se habla de la envidia. El pasaje, como señala Alfonso Rey, se basa en unas líneas del sermón IV de San Pedro Crisólogo sobre la parábola del hijo pródigo, en el que la consideración de la actitud del hermano mayor da lugar a una digresión sobre la envidia. La primera parte de ese pasaje la cita Quevedo, traduciéndola al castellano, en *Virtud militante* (p. 76-77), y las líneas finales, sobre Caín, en *Política de Dios* (p. 44) y también, aunque solamente en latín, en la *Respuesta al padre Juan de Pineda (Prosa)*, p. 431). El texto puede verse en PL, vol. 52, pp. 194-95. La traducción que doy entre paréntesis tras el texto latino es la del propio Quevedo.

v. 238: Tobar Quintanar explica: «Dos adjetivos parecen recrear un pasaje clásico ovidiano: hambrienta y con los ojos desvelados [...] a partir de *Metamorfosis*, 2, 760-2, donde la Envidia come carne de víbora («*videt intus edentem / vipereas carnes, vitiorum alimenta suorum*», vv. 768-69) y «no goza del sueño, despierta siempre por desvelados afanes» («*nec fruitur somno vigilantibus excita curis*», v. 779)»<sup>35</sup>.

<sup>35</sup> Ver Tobar Quintanar, 1997, p. 60.

vv. 239 y ss: San Pedro Crisólogo: «*Invidia malum vetustum, prima la-  
bes, antiquum virus, saeculorum venenum*» 'La envidia es mal antiguo, pri-  
mera mancha, anciana ponzoña, veneno de los siglos'.

vv. 240-42: 'La envidia adelantó su malicia a todos los pecados ya en  
el cielo, en la parte mejor de la milicia celestial'. Según la tradición, los  
ángeles rebeldes se sublevaron contra Dios por envidia contra el hom-  
bre, y luego, por envidia, quisieron provocar la caída de este.

vv. 244-45: Así, la envidia fue la causa del pecado original.

vv. 247-48: 'Furor envejecido, nacido del bien ajeno para su propio  
mal', pues la envidia es un sufrimiento para el que la padece. *Envejecido*  
debe de significar 'muy antiguo', como cuando Bartolomé L. de Argen-  
sola dice: «envejecido error de los mortales, / que estima la opinión más  
que la esencia» (I, p. 121).

v. 250: «Por envidia del diablo entró la muerte en el mundo» (*Sabi-  
duría*, 2, 24)<sup>36</sup>.

Este furor eterno, con afrenta del sol, pobló el infierno, y debe a sus intentos ciegos, vanos, la desesperación sus ciudadanos.	
Esta previno, avara,	255
al hombre las espinas en la tierra, y el pan, que le mantiene en esta guerra, con sudor de sus manos y su cara. Fue motín porfiado	
en la progenie de Abraham eterna,	260
contra el padre del pueblo endurecido, que dio por ellos el postrer gemido.	

vv. 251-54: Este furor eterno, la envidia, por ser el pecado de los án-  
geles rebeldes, *pobló el infierno*: «*Haec in principio ipsum angelum eiecit et  
deiecit de caelo*» (San Pedro Crisólogo, 'Esta en el principio echó y derri-  
bó al ángel del cielo'). La frase *con afrenta del sol*, que no figura en el  
sermón de San Pedro Crisólogo, parece provenir de un lugar del *Apo-  
calipsis* que comúnmente se ha interpretado como alusivo a la caída de  
Lucifer: «Y vi una estrella que caía del cielo sobre la tierra [...] y abrió  
el pozo del abismo y subió del pozo humo [...] y se oscureció el sol [...] a  
causa del humo» (*Apocalipsis*, 9, 1-2). Quevedo cita estas frases del  
*Apocalipsis* en la *Política de Dios*, p. 214.

vv. 255-58: La envidia del demonio es la causa del pecado original:  
ver San Pedro Crisólogo: «*Haec de paradiso hominem principem nostrae  
generationis exclusit*» 'Esta desterró del paraíso a nuestro primero padre'.

vv. 259-62 La envidia de los judíos contra Cristo fue la causa de su  
pasión: «*Haec Abrahae progeniem, populum sanctitatis illum, ad auctoris sui  
caedem, ad mortem sui Salvatoris armavit*» 'Esta a la progenie de Abraham,  
al pueblo escogido, armó para la muerte de su autor y de su salvador'.

<sup>36</sup> Ver Méndez, 2006, p. 407.

La invidia no combate  
 los muros de la tierra y mortal vida,  
 si bien la salud propia combatida 265  
 deja también; sólo pretende palma  
 de batir los alcázares de l'alma;  
 y antes que las entrañas  
 sientan su artillería,  
 aprisiona el discurso, si porfía. 270  
 Las distantes llanuras de la tierra  
 a dos hermanos fueron  
 angosto espacio para mucha guerra.  
 Y al que Naturaleza  
 hizo primero, pretendió por dolo 275  
 que la invidia mortal le hiciese solo.

vv. 263-70: «*Invidia, intestinus hostis, non carnis quatit muros, non elidit septa membrorum, sed in ipsam cordis arietat arcem; et antequam viscera sentiant ipsam dominam corporis, animam praedo capit, et adducit inclusam*» (San Pedro Crisólogo, 'La invidia es enemigo doméstico; no bate los muros de la carne, no conquista las fortificaciones de los miembros; sólo combate los alcázares del corazón, y antes que las entrañas lo sientan, captiva y lleva en prisión la misma alma, señora del cuerpo').

v. 264: No entiendo la frase *la tierra y mortal vida*.

vv. 271-76: Por envidia mató Caín a Abel: «*Fecit ut mundi tota duobus esset angusta fratribus latitudo; namque ipsa Cain iunioris erexit in mortem, ut esse solum zeli livor faceret, quem primum fecerat lex naturae*» (San Pedro Crisólogo, 'Hizo que todos los espacios de la tierra fuesen estrechos y cortos para dos hermanos; la invidia levantó a Caín para la muerte del que era menor, porque el veneno de la invidia hiciese solo al que hizo primero la ley de la naturaleza'). En estas mismas palabras se basa el soneto 163 de Quevedo, «A Caín y Abel». Véase también *Política de Dios*, p. 305. La idea de que un gran espacio fue pequeño para dos hermanos se aplica a veces también a Rómulo y Remo: «Hijos de Marte nacimos, / eterna ciudad fundamos, / siete montes ocupamos / y en todos aun no cupimos» (Lope, *La Arcadia*, p. 233).

Tú, Clito, doctrinado  
 del escarmiento amigo,  
 obediente a los doctos desengaños,  
 contarás tantas vidas como años; 280  
 y acertará mejor tu fantasía  
 si conoces que naces cada día.  
 Invidia los trabajos, no la gloria;  
 que ellos corrigen, y ella desvanece,  
 y no serás horror para la Historia, 285  
 que con sucesos de los reyes crece.  
 De los ajenos bienes  
 ten piedad, y temor de los que tienes;  
 goza la buena dicha con sospecha,

trata desconfiado la ventura, 290  
 y póstrate en la altura.  
 Y a las calamidades  
 invidia la humildad y las verdades,  
 y advierte que tal vez se justifica  
 la invidia en los mortales, 295  
 y sabe hacer un bien en tantos males:  
 culpa y castigo que tras sí se viene,  
 pues que consume al propio que la tiene.

Se desarrolla en estos versos el tema estoico de la desconfianza ante la propia prosperidad.

vv. 280-82: El hombre debe tener presente su condición y no comportarse como si fuera a vivir siempre. Por eso ha de considerar que cada año es un regalo inesperado, es decir, que al comienzo de cada año es como si volviera a nacer, o mejor aún, que cada nuevo día es un nuevo nacimiento, pues ese día, en lugar de encontrarlo vivo, podría encontrarlo muerto. La idea aparece también en el Salmo XII, núm. 24, del *Heráclito cristiano*: «Vengo a contar que tengo tantas vidas / como tiene momentos cada un año / [...] y agradezco a la muerte, / con temor excesivo, / todas las horas que en el mundo vivo» (vv. 30-36), así como en los *Sueños*: «Cuerdo es solo el que vive cada día como quien cada día y cada hora puede morir» (*OCP*, vol. 1, p. 361). El tema se encuentra en Horacio: «*Quem Fors dierum cumque dabit, lucro / adpone*» (*Odas*, I, IX, vv. 14-15, 'Cada uno de los días que la Fortuna te dé, apúntalo como ganancia'); «*Inter spem curamque, timores inter et iras / omnem crede diem tibi diluxisse supremum. / Grata superveniet quae non sperabitur hora*» (*Epístolas*, I, IV, vv. 12-14, 'Entre esperanzas y cuidado, entre temores e iras, piensa que cada día ha brillado el último para ti; grata vendrá la hora que no sea esperada'). Los estoicos exhortaban a vivir teniendo presente esta idea: «*Itaque sic ordinandus est dies omnis, tamquam cogat agmen et consummet atque expleat vitam*» (Séneca, *Cartas a Lucilio*, XII, 8, 'Dispongamos, pues, cada día como si él cerrase la serie, como si acabase y completase la vida'); «La perfección de las costumbres lleva consigo el que se viva cada día como si aquel fuese el último de la vida» (Marco Aurelio, VII, 69, p. 125). El tema aparece en la literatura del Siglo de Oro: «En fin, todo lo que tiene fin no hay que hacer caso de ello, y de la vida mucho menos, pues no hay día seguro; y pensando que cada día es el postrero, ¿quién no lo trabajaría si pensase no ha de vivir más de aquel? Pues mirad, hermanas; creer eso es lo más seguro» (Santa Teresa, *Caminos de perfección*, OC, p. 231); «Hombres, vivid como si siempre fuera / cada hora del tiempo la postrera» (Miguel Toledano, p. 211).

vv. 283-84: Los males y las desgracias son beneficiosos para el hombre, pues le sirven de enseñanza, mientras que los éxitos le ensoberbecen. Es una idea que aparece especialmente en Tácito: «*Miseriae tolerantur, felicitate corrumpimur*» (*Historias*, I, 15, 'Las desgracias se soportan, pero la felicidad nos corrompe'); «*Ut qui adversas res expertus cum*

*maxime discam ne secundas quiden minus discriminis habere»* (*Historias*, I, 29, ‘Como quien conoce la adversidad, he aprendido muy bien a no tener tampoco la prosperidad por menos peligrosa’). Por eso deberíamos envidiar las desdichas ajenas y no las glorias, al revés de lo que comúnmente se hace. Ver otros ejemplos: «Los trabajos humanos no son de temer, las felicidades sí; la adversidad enseña, la prosperidad desvanece» (Antonio Pérez, p. 176); «Más debemos algunas veces a nuestros errores que a nuestros aciertos, porque aquellos nos enseñan y estos nos desvanecen» (Saavedra Fajardo, *Empresas políticas*, p. 453).

vv. 287-88: Por la misma razón, hay que tener piedad de los bienes ajenos (pues sabemos que no son buenos para el hombre el éxito y la gloria) y temor de los que nos llegan a nosotros.

vv. 289-90: Siguiendo con la misma línea de pensamiento, hemos de gozar nuestros éxitos *con sospecha*, es decir, cautelosamente, sabiendo que los bienes aparentes son en realidad males, por lo que hay que desconfiar de la buena suerte (de *la ventura*) y abajarnos cuando estemos en lo alto.

v. 294: *Tal vez*: a veces.

vv. 294-95: Hay aquí un juego conceptuoso: la envidia es a veces buena, y *se justifica*, cuando lo que envidiamos son las calamidades ajenas, ya que traen frutos de humildad y conocimiento.

vv. 297-98: La envidia tiene su castigo en la misma culpa «porque carcome y atormenta a los que la tienen» (Quevedo, *Virtud militante*, p. 90).

La grandeza invidiada,	
la riqueza molesta y espiada,	300
el polvo cortesano,	
el poder soberano,	
asistido de penas y de enojos,	
siempre tienen quejosos a los ojos,	
amedrentado el sueño,	305
la consciencia con ceño,	
la verdad acusada,	
la mentira asistente,	
miedo en la soledad, miedo en la gente,	
la vida peligrosa,	310
la muerte apresurada y belicosa.	

Se habla ahora, en contraposición con la parte anterior, de los frutos negativos de las prosperidades de la fortuna. Parece que los cuatro versos iniciales enumeran cuatro posibilidades fundamentales: la fama, la riqueza, la privanza y el poder. No sé que significado hay que darle a la expresión *polvo cortesano*. Quevedo la repite mucho (poema 12, v. 28; 72, 10; 80, 10; 135, 56; 136, 81), pero no la he encontrado en ningún otro escritor de la época.

v. 304: Siempre tienen a los ojos con lágrimas.

v. 311 *belicosa* en el sentido de ‘violenta’: la grandeza y los bienes de la fortuna acarrearán una muerte violenta, como se explica en los versos siguientes.

¡Cuán raros han bajado los tiranos,  
delgadas sombras, a los reinos vanos  
del silencio severo,  
con muerte seca y con el cuerpo entero!       315  
Y vio el yerno de Ceres  
pocas veces llegar, hartos de vida,  
los reyes sin veneno o sin herida.  
Sábenlo bien aquellos  
que de joyas y oro                                       320  
ciñen medroso cerco a los cabellos.  
Su dolencia mortal es su tesoro;  
su pompa y su cuidado, sus legiones.  
Y el que en la variedad de las naciones  
se agrada más, y crece                               325  
los ambiciosos títulos profanos,  
es, cuanto más se precia de monarca,  
más ilustre desprecio de la Parca.

v. 312 *Cuán raros*: cuán escasos, qué pocos.

v. 313 *Reinos vanos*: procede de los «*inania regna*» de Virgilio, *Eneida*, VI, 269. Ver «Si la voz de la fama [...] / puede llegar al reino vano» (Herrera, p. 804).

v. 314 *del silencio severo*: el adjetivo proviene, tal como señala Sigmund Méndez<sup>37</sup> de Lucrecio: «*severa silentia noctis*» (IV, 460, ‘el severo silencio de la noche’).

v. 315 *muerte seca*: ‘muerte no violenta’. Como indica González de Salas, la frase, así como la materia de estos siete primeros versos, procede de Juvenal: «*Ad generum Cereris sine caede ac vulnere pauci / descendunt reges et sicca morte tyranni*» (X, vv. 113-14, ‘Pocos son los reyes que descienden a la morada del yerno de Ceres sin haber sido asesinados o sin alguna herida, y los tiranos cuya muerte haya sido incruenta’).

v. 316 *el yerno de Ceres*: Plutón, dios de los infiernos, casado con Proserpina, hija de Ceres.

vv. 320-21: el *medroso cerco de joyas y oro* es la corona de los reyes. *Medroso* en el sentido de que produce, o debería producir, miedo a sus propios dueños. En un soneto amoroso, Quevedo alude a «el tirano [...] / cuando su sien temor precioso enlaza» (núm. 453). Ver: «Que a un tirano / le corona solo el miedo» (Antonio Hurtado de Mendoza, I, p. 92); «Tu temor la conciencia no perdona / al tirano, si bien está ceñido / de archeros y de púrpuras reales» (Luis Martín de la Plaza, 217).

v. 322: Imagino que hay que entender: ‘su tesoro es su dolencia mortal’.

<sup>37</sup> Méndez, 2006, p. 411.

v. 323: Este verso resulta un poco extraño. Parece que sería más lógico de esta otra manera: ‘Su pompa, su cuidado y sus legiones’, es decir, que su pompa es en realidad su poder guerrero y, al mismo tiempo, su angustia; pero tampoco así está demasiado claro.

v. 324: Debe de referirse a los reyes que quieren conquistar nuevos territorios.

v. 326 *Títulos profanos*: en el sentido de *profanos* que da el *Diccionario de Autoridades*: «Excesivo en el fausto y lucimiento, con desorden que toca en irreligiosidad o menos modestia».

vv. 327-28: Cuando más embriagado está de su poder, viene la muerte a buscarlo.

El africano duro	
que en los Alpes vencer pudo el invierno,	330
y a la Naturaleza	
de su alcázar mayor la fortaleza;	
de quien, por darle paso al señorío,	
la mitad de la vista cobró el frío,	
en Canas, el furor de sus soldados,	335
con la sangre de venas consulares,	
calentó los sembrados,	
fue susto del imperio,	
hízole ver la cara al captiverio,	
dio noticia del miedo su osadía	340
a tanta presunción de monarquía.	
Y peregrino, desterrado y preso	
poco después por desdeñoso hado,	
militó contra sí, desesperado.	
Y vengador de muertes y victorias,	345
y no invidioso menos de sus glorias,	
un anillo piadoso,	
sin golpe ni herida,	
más temor quitó en Roma que en él vida.	
Y ya, en urna ignorada,	350
tan grande capitán y tanto miedo	
peso serán apenas para un dedo.	

Como recuerda Alfonso Rey<sup>38</sup>, en todo este paisaje hay reminiscencias de la sátira X de Juvenal (vv. 147-67), aunque no imitación directa. También allí se habla de Aníbal como ejemplo de la fugacidad de la gloria y de la mutabilidad de la fortuna. La sintaxis de estos versos resulta bastante confusa, pues *El africano duro* (v. 329) se presenta como sujeto de un verbo que luego no aparece, ya que *calentó* y los demás verbos en correlación con este *—fue, hízole y dio—* tienen como sujeto *el furor de sus soldados* (v. 335). La única manera de resolver estas dificultades sería entender que *calentó* tiene como sujeto *el furor*, mientras que los verbos siguientes dependen de *El africano duro*, solución que no parece muy convincente.

v. 328 *El africano duro*: Aníbal.

<sup>38</sup> Rey, 1987, p. 242.

v. 330 *que pudo vencer el invierno en los Alpes*, es decir, atravesarlos en pleno invierno.

vv. 331-32 'que pudo vencer la fortaleza del alcázar mayor de la Naturaleza'. De nuevo se refiere a los Alpes. En otro lugar, y hablando del rey de Francia, dice Quevedo: «Con este fin ha sustentado grandes ejércitos [...] venciendo las fortificaciones del invierno en los Alpes» (*La Hora de todos*, en *OCP*, vol. 1, p. 725).

vv. 333-34 *de quien* puede referirse a Aníbal, en el sentido de que el frío le hizo pagar a él, privándole de un ojo, o también podría tener como antecedente a *el alcázar*: 'el frío cobró la mitad de la vista [de Aníbal] por darle paso al señorío de ese alcázar'. Esta segunda solución, aunque no del todo plausible, tiene la ventaja de explicar el valor de la palabra *señorío*, cuya función sintáctica resulta de otro modo un tanto oscura.

v. 334 González de Salas anota: «Perdió entonces un ojo Aníbal».

v. 339 *hízole ver la cara* tiene que ser alguna frase hecha, pero no he conseguido documentarla. Debe de tener el sentido de 'constituyó una amenaza', en este caso para la libertad de Roma.

v. 341 Supongo que *monarquía* quiere decir aquí, sin más, 'poderío político'.

v. 344 *desesperado* en la acepción de 'suicida'.

vv. 345-49: Aníbal se suicidó bebiendo el veneno que llevaba en un anillo. Juvenal dice: «*Finem animae, quae res humanas miscuit olim, / non gladii, non saxa dabunt nec tela, sed ille / Cannarum vindex et tanti sanguinis ultor / anulus*» (X, vv. 163-66, 'A este ser que trastornó una vez la humanidad no pondrán fin espadas ni piedras ni dardos, sino aquel anillo, vengador de Canas y castigador de tanta sangre'). Estos versos fueron imitados por B. L. de Argensola: «No muere a manos griegas ni romanas, / sino al veneno que le dio su anillo, / vengador de la pérdida de Canas» (vol. 2, p. 55).

v. 349 *más temor quitó en Roma que en él vida*: según Petrarca, Aníbal, con su muerte, «*Urbique metum depellet et Orbi*» (*Africa*, II, 113, 'librará del temor a Roma y al universo').

vv. 350-52: La imagen procede de la poesía clásica latina: «*Et sum, quod digitis quinque legatur, onus*» (Propertio, IV, XI, 14, 'Y soy peso que se coge con los cinco dedos de la mano'). También Juvenal, en el pasaje que venimos citando sobre Aníbal, dice: «*Expende Hannibalem; quot libras in duce summo / invenies?*» (X, 147-48, 'Pesa las cenizas de Aníbal; ¿cuántas libras encontrarás en este glorioso general?'). La misma idea se encuentra en Quevedo: «y no pesa una libra, reducido / a cenizas, el rayo amanecido / en Macedonia a fulminar agravios» (núm. 28, primera versión); «El fuego examinó sus monarquías / y yacen, poco peso, en urnas frías» (núm. 137, vv. 119-20).

Mario nos enseñó que los trofeos  
llevan a las prisiones,  
y que el triunfo que ordena la Fortuna,           355  
tiene en Minturnas cerca la laguna.

Y si te acercas más a nuestros días,  
 ¡oh Clito!, en las historias  
 verás, donde con sangre las memorias  
 no estuvieren borradas, 360  
 que de horrores manchadas  
 vidas tantas están esclarecidas,  
 que leerás más escándalos que vidas.

Se habla ahora de Mario, otro ejemplo canónico de la mutabilidad de la fortuna. Mario aparece como ejemplo de ambición desmedida y de la fragilidad de las glorias humanas en las *Pónticas* de Ovidio: «*Ille Iugurthino clarus Cimbrique triumpho, / quo vitrix totiens consule Roma fuit, / in caeno Marius iacuit cannaque palustri / pertulit et tanto multa pudenda viro*» (IV, 3, 45-48, ‘Aquel Mario, famoso por su triunfo sobre Yúgurta y los cimbrios, bajo cuyo consulado Roma fue tantas veces vencedora, yació sobre el fango y entre las cañas de un pantano, y soportó muchas cosas que tenían que avergonzar a un varón tan grande’); véase también Veleyo Patérculo, II, XIX, 4; Séneca, *Cartas a Lucilio*, XCIV, 66; Lucano, II, 68-133.

En la literatura española, la figura de Mario aparece en el soneto de Herrera «Del peligro del mar, del hierro abierto» (p. 528), en otro de Bartolomé Leonardo de Argensola (vol. 1, p. 209) y también en otro de Lope, quizá escrito con motivo de la muerte de don Rodrigo Calderón: «Estos que presumió mármoles parios / la esperanza mortal, siempre fingida, / mudos testigos son de una caída / a quien ceden valor cónsules Marios» (*Obras poéticas*, p. 1307). En el *Bernardo* de B. de Balbuena, hay una alusión ocasional a «Minturna destruida / que a Mario en sus lagunas dio la vida» (p. 306). El tema de Mario aparece también en los sonetos 41 y 90 de Quevedo.

v. 356: González de Salas pone la siguiente nota a este pasaje del *Sermón*: «Porque la sexta vez cónsul Mario, en guerra civil, vencido por Sila, huyendo de la muerte, se escondió en una laguna, cerca de la ciudad de Minturnas. Appiano Alejand.».

vv. 359-62: ‘Verás... que tantas vidas esclarecidas están manchadas de horrores’.

Id, pues, grandes señores,  
 a ser rumor del mundo; 365  
 y, comprando la guerra,  
 fatigad la paciencia de la tierra,  
 provocad la impaciencia de los mares  
 con desatinos nuevos,  
 sólo por emular locos mancebos; 370  
 y a costa de prolija desventura,  
 será la aclamación de su locura.

v. 364: El fragmento empieza con una exhortación irónica, encabezada por el imperativo *Id* que, como recuerda Rey<sup>39</sup>, tiene su modelo en

<sup>39</sup> Rey, 1995, p. 55.

la poesía latina: «*Ite, rates curvate et leti texite causas*» (Propertio, III, 7, vv. 29-30, 'Id, curvas naves, tejed causas de muerte'); «*Ite nunc mortales, et magnis cogitationibus pectora implete. Ite cauti, et opes fraudibus captas per mille annos disponite*» (*Satiricón*, 115, p. 284, 'Id ahora, mortales, llenad los pechos de grandes pensamientos. Id cautamente y disponed para mil años vuestras riquezas fraudulentas'). Ver también: «*Nunc ite per ampla / equora, nunc validas prosternite turribus arces*» (Petrarca, *Africa*, VIII, vv. 29-30, 'Id ahora por los vastos mares, derribad ahora las ciudadelas fortificadas con torres'). Quevedo usa el mismo procedimiento en otro lugar: «Id, pues, hombres mortales; / id, y dejaos llevar de la grandeza; / y émulos de los tronos celestiales / vuestra naturaleza / desconoced» (núm. 142, vv. 52-56).

v. 365: A dar que hablar en el mundo, a ser conocidos y famosos.

v. 366: No entiendo la expresión *comprando la guerra*.

v. 370: González de Salas afirma que la frase *sólo por emular locos mancebos* alude a «las expediciones de Baco y Alejandro»; pero no se sabe bien en qué se basa para decir esto.

vv. 371-72 *La aclamación de su locura*: la gloria que conseguirán en la guerra, costarán mucho dolor y desgracia (*prolija desventura*). El verbo *será* podría ser un error por «se hará», que tendría aquí más sentido.

Clito, quien no pretende levantarse  
puede arrastrar, mas no precipitarse.  
El bajel que navega 375  
orilla, ni pelagra ni se anega.  
Cuando Jove se enoja soberano,  
más cerca tiene el monte que no el llano,  
y la encina en la cumbre  
teme lo que desprecia la legumbre. 380  
Lección te son las hojas,  
y maestros la peñas.  
Avergüénzate, ¡oh Clito!,  
con alma racional y entendimiento,  
que te pueda en España 385  
llamar rudo discípulo una caña;  
pues si no te moderas,  
será de tus costumbres, a su modo,  
verde reprehensión el campo todo.

vv. 373-74: «*Numquam cadet ex alto, qui in imo iacet*» (Petrarca, *Invectives*, p. 264, 'Nunca cae desde lo alto quien yace en lo más bajo'). La idea no es más que una variante del antiguo tópico de que sólo puede caer el que sube a lo alto. La imagen del barco que navega sin apartarse mucho de la orilla como símbolo de la vida moderada es frecuente en la poesía latina: «*Rectius vives, Licini, neque altum / semper urgendo neque, dum procellas / cautus horrescis, nimium premendo / litus iniquum*» (Horacio, *Odas*, II, X, 1-4, 'Acertarás más en la vida, Licino, si no estás siempre aventurándote hacia alta mar y si no te acercas en exceso a la costa poco

fiable por recelo y horror al temporal’); «*Alter remus aquas alter tibi radat harenas, / tutus eris: medio maxima turba mari est*» (Propertio, III, 3, 23, ‘Que un remo roce las aguas y otro las arenas, así estarás seguro: en medio del mar hay gran alboroto’); «*Felix mediae / quisquis turbae sorte quietus / aura stringit litora tuta / timidusque mari credere cumbam / remo terras propiore legit*» (Séneca, *Agamenón*, vv. 103-107, ‘Dichoso el que está contento con una medianía de vida. Se ciñe a la costa, impulsado por brisas seguras, y temeroso de arriesgar su barquilla en alta mar va bordeando las tierras que toca de cerca con sus remos’); «*Stringat tenuis litora puppis / nec magna meas aura phaselos / iubeat medium scindere pontum; / transit tutos Fortuna sinus / medioque rates quaerit in alto, / quarum feriunt sipara nubes*» (Séneca, *Hércules en el monte Eta*, vv. 694-99, ‘Que mi pobre barquilla bogue rozando las playas; no quiero que un gran viento haga a mis navíos surcar las aguas de alta mar. La fortuna pasa de largo junto a las velas tranquilas y busca lejos de las costas a los bajeles cuyas lonas desgarran los nublados’); «*contrahe vela / et te litoribus cymba propinqua vehat*» (Séneca, *Epigramas*, 16, ‘Recoge las velas y navega junto a la orilla en pequeña barca’). La imagen aparece también en la poesía del XVII: «Cuando por las riberas / andabas costa a costa [es decir, cerca de la orilla], / nunca del mar temiste / las iras procelosas» (Lope, *La Dorotea*, p. 274).

v. 376: La construcción *navegar orilla* parece una creación propia de Quevedo. Aunque la palabra *orilla* significa fundamentalmente la tierra cercana al mar o al río, a veces significa la parte de mar más próxima a la tierra: «Aviso, aviso, que tiene / el mar de Celinda hermoso / risueña y blanda la orilla / y erizado y crespo el golfo» (Antonio Hurtado de Mendoza, vol. 2, p. 354).

vv. 377-80: ‘Cuando Jove se enoja tiene más cerca el monte que la llanura’, es decir, cuando caen rayos del cielo dan con más frecuencia en las cumbres de los montes que en los lugares bajos, lo cual fue considerado desde antiguo una exhortación a la humildad. *Y la encina en la cumbre / teme lo que desprecia la legumbre*: igualmente, los rayos suelen destruir los árboles altos como la encina, mientras que las plantas pequeñas están exentas de ese peligro. Ver también: «Ves cómo fulmina Dios los seres que descuellan y no les deja ensoberbecerse, mientras que los pequeños no le irritan. Ves también cómo siempre lanza sus dardos contra las más grandes mansiones y los más altos árboles» (Herodoto, VII, 10, p. 206); «Los vientos no hieren los juncos ni las malvas, sino que hacen caer al suelo los robles y los plátanos» (*Antología griega*, lib. X, epigrama 122). El motivo aparece a menudo en la poesía latina, tanto aplicado a los montes como a los árboles. En la misma oda de Horacio citada en la nota 375-76, se lee: «*Saepius [...] / feriunt summos / fulgura montis*» (II, X, vv. 9-12, ‘Es más frecuente [...] que los rayos hieran las cimas de los montes’); ver también: «*Invidia quoniam, ceu fulmine, summa vaporat*» (Lucrecio, V, 1131, ‘Pues la envidia, como el rayo, incendia las cumbres’); «*Summa petunt dextra fulmina missa Iovis*» (Ovidio, *Remedios de amor*, v. 370, ‘Buscan los lugares más altos los rayos arroja-

dos por la diestra de Júpiter?); «*Raros patitur fulminis ictus / umida vallis [...] / metuens caelo / Iuppiter alto vicina petit*» (Séneca, *Hipólito*, vv. 1132-37, 'Rara vez sufre el golpe del rayo el húmedo valle [...] Júpiter, temiendo por su cielo, ataca las cumbres que se le acercan'); «*Feriant celsos fulmina colles*» (Séneca, *Agamenón*, v. 96, 'Hieren los rayos los elevados montes'); «*Incubuit numquam caelestis flamma salictis / nec parvis frutices iram meruere Tonantis: / ingentes quercus, annosas fulminat ornos*» (Claudio, II, p. 200, 'Nunca se ha visto descender a la llama del cielo sobre el sauce, ni merecer el modesto arbusto la cólera del señor del trueno. Este dios fulmina las grandes encinas, los olmos añosos'); «*Aut celsas soliti ferire turres / ardentis via fulminis movebit*» (Boecio, *Consolación de la filosofía*, I, 4, 'Ni le moverá el camino del rayo ardiente acostumbrado a herir las altas torres').

El motivo aparece también en la poesía medieval y del Siglo de Oro: «De los fuertes rayos y casos turbados / los valles y llanos son siempre seguros, / pero no, señora, las torres y muros / que son en las cuevas y altos collados» (Gómez Manrique, p. 99); «E como los rayos las torres mayores / fieren enante que non las bajuras, / así dan los fados sus desaventuras / más a los grandes que a los menores» (Juan de Mena, p. 282); «Cae el rayo, amenázanos su lumbre, / dentro, en lo más oscuro del nublado, / y hiere en lo más alto de la cumbre» (Diego Hurtado de Mendoza, p. 42); «il folgore non cade / in basso pian ma su l'ecclse cime» (Tasso, *Gerusalemme liberata*, VII, 9); «Vil capanna dal ciel non è percossa, / ma sovra Olimpo ed Ossa / tuona il gran Giove e l'alte torri offende» (Tasso, *Rime*, núm. 369, p. 437); «e'n alto scoglio / fulmina il celo e'n più superbo orgoglio» (Tasso, *Rime*, núm. 1394, p. 126); «Ilustren obeliscos las ciudades, / a los rayos de Júpiter expuesta, / aun más que a los de Febo, su corona, / cuando a la choza pastoral perdona / el cielo, fulminando la floresta» (Góngora, *Soledades*, I, vv. 934-38); «Más veces bate el viento los crecidos / pinos, y caen más presta y gravemente / las altas torres; hiere el aire ardiente / los montes más erguidos» (Medrano, p. 202, traduciendo los versos de Horacio citados más arriba); «Pues cuanto más del suelo se levante [el soberbio edificio] / máquina excelsa, al cielo convecina, / tanto más cerca atiende su ruina, / tanto más cerca al rayo del Tonante» (Jáuregui, vol. 1, p. 29); «Ejemplos puede poner / del rayo la alta violencia, / que en la mayor resistencia / todo muestra su poder» (Villamediana, p. 538); «que cuando en los soberbios edificios / abrase el rayo el más dorado techo / la más humilde choza está segura» (Tirso de Molina, *Poesías líricas*, p. 135).

La idea aparece igualmente en la prosa doctrinal: «Los que del rayo escriben, dicen, y la experiencia nos enseña ser su soberbia tanta, que siempre, menospreciando lo flaco, hace sus efectos en lo más fuerte [...] Desgaja y despedaza una robusta encina, sin tocar a la débil caña. Prostra la levantada torre y gallardos edificios, perdonando la pobre choza de mal compuesta rama» (Mateo Alemán, *Guzmán de Alfarache*, p. 531); «Desprecia el monte las demás obras de la Naturaleza, y entre todas se

levanta a comunicarse con el cielo. No invidie el valle su grandeza; porque, si bien está más vecino a los favores de Júpiter, también está a las iras de sus rayos» (Saavedra Fajardo, *Empresas políticas*, p. 325).

En la prosa de Quevedo aparece la misma idea, con expresiones muy semejantes a las que emplea en el poema: «Misterio halla la consideración en que el rayo sea la amenaza de los soberbios; sálenle a recibir las alturas, toca los robres y hayas, y perdona a las legumbres ignoradas de su llama en su humildad» (*Virtud militante*, p. 163); «No tendrá razón la legumbre de estar malcontenta de la naturaleza porque no le dio en el monte la corpulencia del roble, cuando el rayo que le abrasa por grande, la perdona por chica» (*Prosa*, p. 1452); «la cumbre más alta no sólo sale a recibir los rayos, antes llega a sacárselos a Júpiter de las manos» (*Epistolario*, p. 423). Ver también en la poesía de Quevedo: «Su fuerza muestra el rayo en lo más fuerte» (*OP*, núm. 15, v. 9).

vv. 381-82: *la peñas* alude al *monte* del verso 378 y *las hojas* a la encina y la legumbre.

v. 386: Quevedo emplea la misma expresión, *rudo discípulo*, en *España defendida*: «yo, rudo discípulo de los doctos varones de España», (*Prosa*, p. 579).

v. 389: Jauralde Pou señala la influencia o la semejanza entre esta sinestesia *verde reprehensión* y la de Góngora: «sabe el tiempo hacer verdes halagos» de *Soledades*, I, 221<sup>40</sup>.

## BIBLIOGRAFÍA

- Acevedo, A. de, *Creación del mundo*, en *Poemas épicos*, Madrid, Atlas, 1948, BAE, vol. 29.
- Acuña, H. de, *Varias poesías*, ed. L. F. Díaz Larios, Madrid, Cátedra, 1982.
- Aguilar, G., *Expulsión de los moros de España*, ed. M. Ruiz Lagos, Alcalá de Guadaíra, Guadalmena, 1999.
- Agustín, san, *Cartas*, en *Obras completas*, Madrid, BAC, 1961, vol. 11.
- Alcázar, B. del, *Obra poética*, ed. V. Núñez Ribera, Madrid, Cátedra, 2001.
- Aldana, F. de, *Poesías castellanas completas*, ed. J. Lara Garrido, Madrid, Cátedra, 1985.
- Alemán, M., *Guzmán de Alfarache*, ed. F. Rico, Barcelona, Planeta, 1967.
- Alighieri, D., *La divina commedia*, ed. N. Sapegno, Florencia, La Nuova Italia, 1973, 3 vols.
- Ambrosio, san, *De Nabuthe jezraelita admonitio*, en J. P. Migne, *Patrologiae cursus completus... Series latina in qua prodeunt Patres, Doctores scriptoresque Ecclesiae latinae a Tertulliano ad Innocentium III*, Parisi, Garnier Fratres, 1841-1969, vol. 15.
- Anónimo, *Lazarillo de Tormes*, ed. F. Rico, Madrid, Cátedra, 1987.
- Antología griega*, ed. W. R. Paton, Harvard, Harvard University Press, 1983, 5 vols.
- Appendix Virgiliana*, en Virgilio, *The Minor Poems*, ed. H. R. Fairclough, Harvard, Harvard University Press, 1978.

<sup>40</sup> Ver Jauralde, 1998, p. 921.

- Argensola, B. L. de, *Rimas*, ed. J. M. Blecua, Madrid, Clásicos Castellanos, 1974, 2 vols.
- Argensola, L. L., *Rimas*, ed. J. M. Blecua, Madrid, Clásicos Castellanos, 1972.
- Arguijo, J. de, *Obra poética*, ed. S. B. Vranich, Madrid, Castalia, 1971.
- Ariosto, L., *Orlando furioso*, ed. M. Turchi, Milano, Garzanti, 1978.
- Balbuena, B. de, *El Bernardo*, en *Poemas épicos*, Madrid, Atlas, 1945, BAE, vol. 17.
- Balcells, J. M<sup>a</sup>., *Quevedo en «La cuna y la sepultura»*, Madrid, SGEL, 1981.
- Barahona de Soto, L., *Las lágrimas de Angélica*, ed. J. Lara Garrido, Madrid, Cátedra, 1981.
- Boecio, *Consolatio Philosophiae*, ed. y trad. O. Dallera, Milano, Rizzoli, 1994.
- Boiardo, M. M., *Canzoniere. Amorum libri*, ed. C. Micocci, Milano, Garzanti, 1990.
- Boscán, J., *Obras*, ed. C. Clavería, Barcelona, PPU, 1991.
- Buonarroti, M., *Rime*, ed. G. Testori, Milano, Rizzoli, 1998.
- Cabañas, P., «Ícaro o el atrevimiento», *Revista de Literatura*, 1, 1952, pp. 453-60.
- Camões, L. de, *Lírica*, ed. J. M. Rodrigues y A. Lopez Vieira, Coimbra, Universidad, 1932.
- Camões, L. de, *Os Lusíadas*, ed. A. J. Saraiva, Oporto, Livraria Figuerinhas, 1978.
- Carreira, A., *Gongoremas*, Barcelona, Península, 1998.
- Carrillo Sotomayor, L., *Poesías completas*, ed. D. Alonso, Madrid, Signo, 1936.
- Castiglione, B., *El cortesano*, trad. J. Boscán, ed. T. Suero Roca, Barcelona, Bru-guera, 1972.
- Cervantes, M. de, *El Quijote*, ed. F. Rico, Barcelona, Crítica, 1998.
- Cervantes, M. de, *Viaje del Parnaso, Poesías completas I*, ed. V. Gaos, Madrid, Cas-talia, 1973.
- Cervantes, M. de, *Poesías completas II*, ed. V. Gaos, Madrid, Castalia, 1981.
- Cetina, G. de, *Obras*, ed. J. Hazañas y de la Rúa, Sevilla, 1895, 2 vols. Edición facsímil, México, Porrúa, 1990.
- Claudiano, *Obras*, ed. M. Platnauer, Harvard, Harvard University Press, 1972.
- Clemente de Alejandría, *El pedagogo*, trad. J. Sariol Díaz, Madrid, Gredos, 1998.
- Corominas, J. y A. Pascual, *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, Madrid, Gredos, 6 vols.
- Correas, G., *Vocabulario de refranes y frases proverbiales*, ed. L. Combet, Madrid, Castalia, 2000.
- Covarrubias Horozco, S. de, *Tesoro de la lengua castellana o española*, ed. I. Arellano, y R. Zafra, Madrid, Iberoamericana, 2006.
- Deleito y Piñuela, J., *Sólo Madrid es Corte*, Madrid, Espasa-Calpe, 1953.
- Devoto, D., «Mudo como un pescado», en *Textos y contextos*, Madrid, Gredos, 1974, pp. 170-87.
- Diccionario de Autoridades*, Madrid, Gredos, 1984, 3 vols.
- Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos más ilustres*, trad. J. Ortiz y Sanz, México, Porrúa, 1991.
- Erasmus de Rotterdam, *Adagiorum chiliades*, Hanoviae, Typis Wecheliani apud haeredes Ioh. Aubrii, 1617.
- Ercilla, A. de, *La Araucana*, ed. I. Lerner, Madrid, Cátedra, 1993.
- Espinosa, P. de, *Poesías completas*, ed. F. López Estrada, Madrid, Clásicos Caste-llanos, 1975.
- Estacio, *Silvae*, ed. H. Frère, Paris, Les Belles Lettres, 1944, 2 vols.
- Estacio, *Tebaida*, ed. G. Faranda, Milano, Rizzoli, 1998.
- Esquilache, F. de Borja, príncipe de, *Nápoles recuperada*, en *Poemas épicos*, Ma-drid, Atlas, 1948, BAE, vol. 29.

- Fernández de Andrada, A., *Epístola moral a Fabio y otros escritos*, ed. D. Alonso, Barcelona, Crítica, 1993.
- Ferroni, G., *Poesía italiana: el Cinquecento*, Milano, Garzanti, 1978.
- Ficino, M., *Commentaire sur le Banquet de Platon*, ed. R. Marcel, Paris, Les Belles Lettres, 1978.
- Fucilla, J. G., «Etapas en el desarrollo del mito de Ícaro en el Renacimiento y en el Siglo de Oro», *Hispanófila*, 8, 1960, pp. 1-34.
- Garcilaso de la Vega, *Obra poética*, ed. B. Morros, Barcelona, Crítica, 1995.
- Góngora, L. de, *Soledades*, ed. R. Jammes, Madrid, Castalia, 1994.
- Góngora, L. de, *Sonetos*, ed. B. Ciplijauskaitė, Madrid, Castalia, 1978.
- Gracián, B., *El Criticón*, ed. M. Romera Navarro, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 1938-1940, 3 vols.
- Granada, fray L., *Introducción del Símbolo de la Fe*, ed. J. M<sup>a</sup>. Balcells, Madrid, Cátedra, 1989.
- Guarini, B., *Il pastor fido*, ed. L. Fasso, Torino, Einaudi, 1976.
- Guevara, fray A. de, *Menosprecio de corte y alabanza de aldea. Arte de marear*, ed. A. Rallo, Madrid, Cátedra, 1984.
- Herodoto, *Los nueve libros de la historia*, trad. M<sup>a</sup>. R. Lida, Barcelona, Lumen, 1981, 2 vols.
- Herrera, F. de, *Poesía castellana original completa*, ed. C. Cuevas, Madrid, Cátedra, 1985.
- Herrera, F. de, *Anotaciones a la poesía de Garcilaso*, ed. I. Pepe y J. M<sup>a</sup>. Reyes, Madrid, Cátedra, 2001.
- Horacio, *Odas*, ed. C. E. Bennett, Harvard, Harvard University Press, 1964.
- Horacio, *Epístolas*, ed. H. Rouston Fairclough, Harvard, Harvard University Press, 1956.
- Huarte de San Juan, J., *Examen de ingenios*, ed. E. Torre, Barcelona, PPU, 1988.
- Hurtado de Mendoza, A., *Obras poéticas*, ed. R. Benítez Claros, Madrid, RAE, 1947, 3 vols.
- Hurtado de Mendoza, D., *Poesía completa*, ed. J. I. Díez Fernández, Barcelona, Planeta, 1989.
- Jauralde Pou, P., *Francisco de Quevedo*, Madrid, Castalia, 1998.
- Jáuregui, J. de, *Obras*, ed. I. Ferrer de Alba, Madrid, Clásicos Castellanos, 1973, 2 vols.
- Jáuregui, J., *La Farsalia*, Madrid, Sebastián Armendáriz, 1684.
- Juan de la Cruz, san, *Subida al monte Carmelo*, en *Obras*, Madrid, BAC, 1974.
- Juvenal, *Sátiras*, ed. G. G. Ramsay, Harvard, Harvard University Press, 1950.
- Laguna Mariscal, G., «Literatura comparada y tradición clásica: Quevedo y sus fuentes clásicas», *Anuario de Estudios Filológicos*, 17, 1994, pp. 283-93.
- Lapesa, R., *Historia de la lengua española*, Madrid, Gredos, 1983.
- Láinez, P., *Poesías*, ed. A. Martín Ocete, Granada, Universidad de Granada, 1950.
- León, fray L. de, *Poesía*, ed. J. F. Alcina, Madrid, Cátedra, 1986.
- León, fray L. de, *Poesías completas*, ed. C. Cuevas, Madrid, Castalia, 2001.
- López de Zárate, F., *Obras varias*, ed. J. Simón Díaz, Madrid, CSIC, 1947, 2 vols.
- Lucano, *Pharsalia*, ed. J. D. Duff, Harvard, Harvard University Press, 1977.
- Luciano, *Obras*, trad. A. Espinosa Alarcón y otros, Madrid, Gredos, 1987-1992, 4 vols.
- Lucrecio, *De rerum natura*, ed. W. H. D. Rouse y M. F. Smith, Harvard, Harvard University Press, 1982.
- Malón de Chaide, P., *La conversión de la Magdalena*, ed. F. García, Madrid, Clásicos Castellanos, 1959, 3 vols.

- Manilio, *Astronomica*, ed. G. P. Goold, Harvard, Harvard University Press, 1977.
- Manrique, G., *Regimiento de príncipes y otras obras*, ed. A. Cortina, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1947.
- Marcial, *Épigrammes*, ed. H. J. Hizzac, Paris, Les Belles Lettres, 1973, 3 vols.
- Marco Aurelio, *Soliloquios*, ed. F. Montes de Oca, México, Porrúa, 1975.
- Marino, G. B., *La Galería*, ed. Marzio Pieri, Padua, Liviana, 1979.
- Martinengo, A., «Bibbia vs Omero: il tema del mare e della navigazione nella poesia morale di Quevedo», *Studi Ispanici*, 3, 1985, pp. 73-95.
- Maurer, C., «Don Francisco de Quevedo: Al mar: La voluntad de Dios por grillos tienes», *Hispanic Journal*, 3, 1, 1981, pp. 45-58.
- Medrano, F. de, *Poesía*, ed. D. Alonso, Madrid, Cátedra, 1988.
- Mejía, P., *Diálogos o Coloquios*, ed. A. Castro Díaz, Madrid, Cátedra, 2004.
- Melé, E., «In margine alle poesie de Garcilaso», *Bulletin Hispanique*, 32, 1930, pp. 218-45.
- Mena, J. de, *Obras completas*, ed. M. A. Pérez Priego, Barcelona, Planeta, 1989.
- Méndez, S., «Apuntes sobre las fuentes del *Sermón estoico de censura moral* de Quevedo y la fusión barroca de las tradiciones grecolatina y hebraico-cristiana», *La Perinola*, 10, 2006, pp. 383-418.
- Menéndez Pelayo, M., *Horacio en España*, Madrid, Pérez Dubrull, 1885, 2 vols.
- Miguel Angel, ver Buonarroti
- Mira de Amescua, A., *El amparo de los hombres*, ed. V. G. Williamsen y J. T. Abraham, página web de la Association for Hispanic Classical Theater.
- OCP*, Quevedo, F. de, *Obras completas en prosa*, dir. A. Rey, Madrid, Castalia, 2003 y 2005, vols. 1 y 3.
- OP*, Quevedo, F. de, *Obra poética*, ed. J. M. Blecua, Madrid, Castalia, 1969-1981, 4 vols.
- Oliva, C., *Poesia italiana: il Quattrocento*, Milano, Garzanti, 1978.
- Ovidio, *Amores*, ed. H. Bornecque, Paris, Les Belles Lettres, 1968.
- Ovidio, *Arte de amar*, ed. H. Bornecque, Paris, Les Belles Lettres, 1929.
- Ovidio, *Heroidas*, ed. H. Bornecque, Paris, Les Belles Lettres, 1928.
- Ovidio, *Metamorfosis*, ed. A. Ruiz de Elvira, Barcelona, Alma mater, 1964, 3 vols.
- Ovidio, *Ponticas*, ed. J. André, Paris, Les Belles Lettres, 1977.
- Ovidio, *Remedios de amor*, ed. H. Bornecque, Paris, Les Belles Lettres, 1961.
- Ovidio, *Tristes*, ed. J. André, Paris, Les Belles Lettres, 1968.
- Pedro Crisólogo, san, *Opera omnia*, en J. P. Migne, *Patrologiae cursus completus... Series latina in qua prodeunt Patres, Doctores scriptoresque Ecclesiae latinae a Tertulliano ad Innocentium III*, Paris, Garnier Freres, 1841-1969, vol. 52.
- Pellicer de Salas y Tovar, J., *Lecciones solemnes a las obras de don Luis de Góngora*, Madrid, 1630.
- Pérez, A., *Sentencias político-filosófico-teológicas (en el legado de A. Pérez, F. de Quevedo y otros)*, ed. A. Herrán y M. Santos, Barcelona, Anthropos, 1999.
- Pérez de Montalbán, J., *Hijo del Serafín, San Pedro de Alcántara*, ed. V. G. Williamsen y J. Y. Abraham, página web de la Association for Hispanic Classical Theater.
- Persio, *Sátiras*, ed. G. G. Ramsay, Harvard, Harvard University Press, 1950.
- Petrarca, *De remediis utriusque fortune*, ed. C. Carraud, Grenoble, J. Millon, 2002, 2 vols.
- Petrarca, *Africa*, ed. R. Lenoir, Grenoble, J. Millon, 2002.
- Petrarca, *Triumpho*, ed. M. Ariani, Milano, Mursia, 1988.
- Petronio, *Satyricon*, ed. M. Heseltine y E. H. Warminton, Harvard, Harvard University Press, 1975.

- Pineda, Fray Juan de, *Diálogos familiares de la agricultura cristiana*, ed. J. Meseguer Fernández, Madrid, Atlas, 1963-1964, 5 vols.
- PL, Migne, J. P., *Patrologiae cursus completus... Series latina in qua prodeunt Patres, Doctores scriptoresque Ecclesiae latinae a Tertulliano ad Innocentium III*, Paris, Garnier Fratres, 1841-1969.
- Plata Parga, F., «Edición de las *Controversias de Séneca*, texto inédito de Francisco de Quevedo», *La Perinola*, 5, 2001, 207-75.
- Plaza, L. M. de la, *Poesías completas*, ed. J. N. Morata Pérez Gómez, Málaga, Diputación Provincial de Málaga, 1995.
- Plinio, *Historia Natural*, ed. H. Rackham, Harvard, Harvard University Press, 1979, 10 vols.
- Plinio, *Lapidario*, trad. A. Domínguez y H. B. Riesco, Madrid, Alianza, 1993.
- Pontano, *Poesie latine*, ed. L. Monti Sabia, Torino, Einaudi, 1977, 2 vols.
- Propertio, *Obras*, ed. H. E. Buttler, Harvard, Harvard University Press, 1958.
- Prosa, Quevedo, F. de, *Obras en prosa*, ed. F. Buendía, Madrid, Aguilar, 1974.
- Quevedo, F. de, *Antología poética*, ed. J. M. Balcells, Madrid, SGEL, 1982.
- Quevedo, F. de, *Antología de Quevedo*, P. Jauralde Pou, Madrid, Austral, 2002.
- Quevedo, F. de, *Epistolario completo*, ed. L. Astrana Marín, Madrid, Instituto editorial Reus, 1946.
- Quevedo, F. de, *Execración contra los judíos*, ed. F. Cabo y S. Fernández Mosquera, Barcelona, Crítica, 1996.
- Quevedo, F. de, *La caída para levantarse*, ed. V. Nider, Pisa, Giardini, 1994.
- Quevedo, F. de, *La cuna y la sepultura*, ed. L. López Grigera, Madrid, Anejos del Boletín de la RAE, 1969.
- Quevedo, F. de, *Marco Bruto*, ed. C. Montemayor, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1974.
- Quevedo, F. de, *Obra poética*, ed. J. M. Blecua, Madrid, Castalia, 1969-1981, 4 vols.
- Quevedo, F. de, *Obras completas en prosa*, dir. A. Rey, Madrid, Castalia, 2003 y 2005, vols. 1 y 3.
- Quevedo, F. de, *Obras en prosa*, ed. F. Buendía, Madrid, Aguilar, 1974.
- Quevedo, F. de, *Poemas escogidos*, ed. J. M. Blecua, Madrid, Castalia, 1974.
- Quevedo, F. de, *Polimnia (Poesía moral)*, ed. A. Rey, Madrid, Tàmesis, 1999<sup>2</sup>.
- Quevedo, F. de, *Política de Dios*, ed. J. O. Crosby, Madrid, Castalia, 1966, 2 vols.
- Quevedo, F. de, *Un Heráclito cristiano, Canta sola a Lisi y otros poemas*, ed. I. Arellano y L. Schwartz Lerner, Barcelona, Crítica, 1998.
- Quevedo, F. de, *Virtud militante contra las cuatro pestes del mundo*, ed. A. Rey, Santiago, Universidad de Santiago, 1985.
- Quintiliano, *Institutio oratoria*, ed. S. Corsi, Milano, Rizzoli, 1997, 3 vols.
- Ramajo Caño, A., «La execración de la navegación. El *navigium amoris* y el rompimiento en la lírica áurea», *Boletín de la Real Academia Española*, 81, 2001, pp. 507-28.
- Rebolledo, conde de, *Ocios*, ed. R. González Cañal, Castilla-La Mancha, Servicio de Publicaciones, Universidad de Castilla-La Mancha, 1997.
- Rey, A., «Tradicción y originalidad en el *Sermón estoico de censura moral*», *Edad de Oro*, 6, 1987, pp. 235-51.
- Rey, A., *Quevedo y la poesía moral española*, Madrid, Castalia, 1995.
- Rioja, F. de, *Poesía*, ed. B. López Bueno, Madrid, Cátedra, 1984.
- Riol, A. P., «La maternidad de la tierra», *Helmántica*, 20, 1969, pp. 297-312.
- Riquer, M. de, *Los trovadores. Historia literaria y textos*, Barcelona, Planeta, 1975, 3 vols.

- Rojas, F. de, *La Celestina*, ed. F. J. Lobera y otros, Barcelona, Crítica, 2000.
- Rufo, J., *La Austriada*, en *Poemas épicos*, Madrid, Atlas, 1948, BAE, vol. 29.
- Rutilio, *De reditu suo*, en *Minor Latin Poets*, ed. J. Wight Duff y A. M. Duff, Harvard, Harvard University Press, 1982.
- Saavedra Fajardo, D., *Empresas políticas*, ed. F. J. Díaz de Revenga, Barcelona, Planeta, 1988.
- Saavedra Fajardo, D., *República literaria*, ed. J. C. de Torres, Barcelona, Plaza y Janés, 1985.
- Salustio, *La conjuración de Catilina*, ed. J. M. Pabón, Barcelona, CSIC, 1954-1956, 2 vols.
- Schwartz Lerner, L., «Quevedo frente a Góngora: recepción de un motivo clásico», *Homenaje a Ana María Barrenechea*, Madrid, Castalia, 1984, p. 313-26.
- Schwartz Lerner, L., *Quevedo, discurso y representación*, Pamplona, Eunsa, 1987.
- Séneca, *Agamenón*, en *Tragedies*, ed. F. J. Miller, Harvard, Harvard University Press, 1978, vol. 2.
- Séneca, *Cuestiones naturales*, ed. y trad. de C. Codoñer, Madrid, CSIC, 1989.
- Séneca, *Consolación a Helvia*, en *Moral Essays*, ed. J. W. Basore, Harvard, Harvard University Press, 1979.
- Séneca, *Ad Lucilium epistulae morales*, ed. R. M. Gummere, Harvard, Harvard University Press, 1953, 3 vols.
- Séneca, *Medea*, en *Tragedies*, ed. F. J. Miller, Harvard, Harvard University Press, 1978, vol. 1.
- Séneca, *Hipólito*, en *Tragedies*, ed. F. J. Miller, Harvard, Harvard University Press, 1978, vol. 1.
- Séneca, *Hércules en el monte Eta*, en *Tragedies*, ed. F. J. Miller, Harvard, Harvard University Press, 1978, vol. 2.
- Séneca, *Epigramas*, ed. L. Canali y L. Galasso, Milano, Rizzoli, 1994.
- Sierra de Cózar, A., «Autores latinos en los poemas morales de Quevedo: reescrituras y cronología», *Humanitas in honorem A. Fontán*, Madrid, Gredos, 1992, pp. 431-50.
- Smith, P. J., *Quevedo on Parnassus*, Londres, The Modern Humanities Research Association, 1987.
- Soto de Rojas, P., *Desengaño de amor en rimas*, ed. facsímil, Ronda, Caja de Ahorros de Ronda, 1991.
- Tácito, *Historias*, ed. C. H. Moore, Harvard, Harvard University Press, 1980, 2 vols.
- Tansillo, L., *Il Canzoniere*, ed. E. Pèrcopo, Napoli, Liguori, 1996, 2 vols.
- Tasso, T., *Il mondo creato*, ed. G. Petrocchi, Florencia, Felice Le Monnier, 1951.
- Tasso, T., *Gerusalemme liberata*, ed. M. Guglielminetti, Milano, Garzanti, 1982.
- Tasso, T., *Rime*, en *Opere*, ed. B. Maier, Milano, Rizzoli, 1963.
- Teresa de Jesús, santa, *Camino de perfección*, en *Obras*, Madrid, BAC, 1977.
- Tibulo, *Poemas*, ed. J. P. Postgate, Harvard, Harvard University Press, 1980.
- Tirso de Molina (atribuido a), *El burlador de Sevilla*, ed. A. Rodríguez, Madrid, Cátedra, 1990.
- Tirso de Molina, *Poesías líricas*, ed. E. Jareño, Madrid, Castalia, 1969.
- Tobar Quintanar, M<sup>a</sup>. J., «Los adjetivos de la poesía moral de Quevedo y los *Epitheta* de Ravisio Textor», *Voz y letra*, 8, 2, 1997, pp. 49-64.
- Toledano, M., *Minerva sacra*, ed. A. González Palencia, Madrid, CSIC, 1949.
- Torre, F. de la, *Poesía completa*, ed. M<sup>a</sup>. L. Cerrón, Madrid, Cátedra, 1984.
- Turner, J. H., *The Myth of Icarus in Spanish Renaissance Poetry*, Londres, Tamesis Books, 1977.

- Valdivielso, J. de, *Vida de San Josef*, en *Poemas épicos*, Madrid, Atlas, 1948, BAE, vol. 29.
- Valerio Maximo, *Factorum et dictorum memorabilium*, ed. D. R. Shackleton Bailey, Harvard, Harvard University Press, 2000, 2 vols.
- Varrón, *De lingua latina*, ed. R. G. Kent, Harvard, Harvard University Press, 1979, 2 vols.
- Vega, F. L. de, *Pastores de Belén*, ed. A. Carreño, Barcelona, PPU, 1991.
- Vega, F. L. de, *La Arcadia*, ed. E. S. Morby, Madrid, Castalia, 1975.
- Vega, F. L. de, *Rimas*, ed. F. B. Pedraza, Castilla-La Mancha, Universidad de Castilla-La Mancha, 1993 y 1994, 2 vols.
- Vega, F. L. de, *El Isidro*, en *Obras selectas*, ed. F. C. Sáinz de Robles, México, Aguilar, 1991, vol. 2.
- Vega, F. L. de, *El peregrino en su patria*, ed. J. B. Avalle-Arce, Madrid, Castalia, 1973.
- Vega, F. L. de, *La Dorotea*, ed. E. S. Morby, Madrid, Castalia, 1968.
- Vega, F. L. de, *Obras poéticas*, ed. J. M. Blecua, Barcelona, Planeta, 1983.
- Veleyo Paterculo, *Compendio de historia de Roma*, ed. F. W. Shipley, Harvard, Harvard University Press, 1924.
- Vilanova, A., *Las fuentes y temas del «Polifemo» de Góngora*, Madrid, CSIC, 1957, 2 vols.
- Villamediana, J. de Tassis, conde de, *Poesía*, ed. M<sup>a</sup>. T. Ruestes, Barcelona, Planeta, 1992.
- Villegas, E. M. de, *Eróticas o amatorias*, ed. N. Alonso Cortés, Madrid, Clásicos Castellanos, 1969.
- Virgilio, *Eneida*, ed. M. Rat, Paris, Garnier, 1960, 2 vols.
- Virgilio, *Geórgicas*, ed. H. R. Fairclough, Harvard, Harvard University Press, 1965.
- Virués, C. de, *Historia del Monserrate*, Madrid, Atlas, 1945, BAE, vol. 17.